

maghenta
EDITORIAL

Canción de amor del diablo

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición

© SARVARI, 2006

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. 976 106 300
Fax 976 106 301

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús

Depósito Legal: Z-054/07
I.S.B.N.: 84-935197-7-4

Impreso en Zaragoza, España, Marpa.

Canción de amor del diablo

SARVARI

maghenta
EDITORIAL

A Myriam

“¡Cómo caíste del cielo, oh, Lucero, hijo del Alba!

(Isaías 14:12)

“Tu eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura. En el Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura: de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbuncho, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Fuiste ungido Querubín Grande, protector; yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste, en medio de piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad”

(Ezequiel 28:12-15)

“No forjes obras de arte, sino espadas de muerte”

CÓDEX SAERUS. Décimo punto satánico

“Cuando los grandes cañones negros apostados en la llanura tracia comenzaron a vomitar fuego contra nuestras murallas, desde la ciudad ya llevábamos varios meses contemplando, a lo lejos, sus oscuras bocas. Para cuando ese momento, tan temido pero al fin tan deseado, llegó, Constantinopla no era más que el envoltorio magnífico de lo que habían sido nuestras vidas.

Sitiada por tierra y por mar durante más de tres meses la ciudad era, para entonces, nada más que un conglomerado de calles vacías y gente de aspecto deprimente que vagaba desde las exhaustas casas hasta las atónitas murallas. Para ese momento tener un caballo era un lujo asiático para cualquier ojo, y los cerdos, las ovejas, los pollos y las gallinas habían sido extinguidos por nuestra ansia, por nuestro deseo de continuar vivos. Lo mismo había sucedido con la totalidad de los perros y los gatos. Se decía que el propio Emperador se estaba comiendo a sus animales de compañía.

Y si desesperantes eran las condiciones de vida a las que el sitio, poco a poco, nos había llevado, peor era la situación en caso de que se quisieran examinar las opciones de victoria con que contábamos.

La realidad era que sólo una idea nos mantenía en pie. Una esperanza a la que nos aferrábamos por más leve que fuera, una esperanza que, bien considerada, no era más que un vago camino de luz, tan lejano y tan débil como lo es una sola estrella en la inmensidad del cielo. Esta loca vanidad era el hecho de que Constantinopla nunca había sido tomada pese a que muchos ejércitos lo habían intentado a lo largo de la historia.

Nuestras defensas eran formidables. Al oriente nos defendía la gran cadena de bronce que cerraba el Cuerno de Oro; al occidente lo hacían las murallas ante las que esperaban los cañones, las tiendas turcas y los cien mil soldados del sultán.

Los tambores resonaban noche y día, creando un ritmo hipnótico y adormecedor en el calor de la primavera.

El loco orgullo, el que decía que Constantinopla no podría ser tomada, que no podría caer, pues nunca antes lo había hecho, jugaba en nuestra contra que no en nuestro favor. Era éste, a decir verdad, un orgullo desesperado e incluso ridículo y que se basaba en una única idea, la de que los que allí estábamos no entregaríamos a la historia una hoja de servicios tan pobre sino que moriríamos antes que ver la ciudad caída, y lo haríamos para no verla, tanto la amábamos.

El día que por fin los grandes cañones, cañones de muchos pies de largo y de una fuerza jamás vista hasta entonces, comenzaron a hablar yo me encontraba en mi puesto, situado sobre la doble muralla de piedra, en las almenas que debían defender la Puerta de San Román. Tal día era, no podía ser de otra forma, el 6 de abril de 1453, día de mi decimoctavo cumpleaños.

La fuerza de aquellos cañones era, como ya os dije, magnífica y aturdidora y los resultados que de inmediato consiguieron en la muralla, devastadores. Al poco rato de iniciada su acción ya grandes porciones de la muralla habían caído sobre el foso y sobre las casas. Toneladas de polvo y escombros viciaron el aire desde ese amanecer hasta muchos meses después.

Los heridos comenzaron a gritar también aquella mañana, no se detuvieron en mucho tiempo.

Así fue el principio del final del mundo que yo conocía, un martilleo constante hecho de grandes piedras y violentas explosiones, hecho del olor a pólvora que saturaba el aire y lo llenaba de fuego, del sentimiento sordo que vaciaba nuestros oídos y llenaba de ansiedad los corazones, del instante eternamente vacío que seguía a cada uno de los retumbares de los cañones. Recuerdo, como si fuera ayer, el instante de silencio que se apoderaba de los hombres que esperaban en la muralla cada vez que se producía un disparo. En aquellos instantes, los que pasaban hasta que llegaba al fin la piedra, yo encogía el estómago y trataba de odiar a los vecinos defensores de las puertas próximas. Imagino que todos hacían algo semejante. Odiar para que los demás tuvieran un motivo para morir mejor que el de cada uno, para que los cálculos egoístas que cada uno se hacía no llevaran aquella roca de destino incierto sobre la propia cabeza y sí sobre la de otro. Al menos eso fue lo que sucedió los primeros días. Más avanzada la primavera, conforme todos los días parecieron nada más que una puerta permanentemente abierta a una muerte que no llegaba, dejamos de pensar incluso en eso.

Mi puesto, como os dije, estaba situado en la doble muralla, cerca de la Puerta de San Román, pero no debéis deducir de ello que yo era soldado, pues jamás lo fui, de hecho no había disparado una ballesta ni empuñado una espada antes de que el asedio turco comenzara. El hecho es que yo formaba parte de la última reserva de Constantinopla, el cuerpo de voluntarios, de comerciantes y artesanos, a los que el Emperador había exigido que defendieran la ciudad: todo aquel que aún tuviera fuerzas para hacerlo debía, en aquellos días tristes, empuñar un arma por Constantinopla.

Durante los días siguientes, sistemática y minuciosamente, los cañones fueron haciendo su trabajo de demolición de la muralla y de los restos de nuestros espíritus, volcando toneladas de piedra entre el foso y el terraplén. La táctica era completada por la tarea que llevaban a cabo los soldados del sultán que se acercaban a hurtadillas, cubiertos por arqueros, y contribuían, con ramas y con árboles, a rellenar el foso, al cabo la postrera defensa de la ciudad.

Y si durante el día los cañones nos aturdían y el miedo era una pegajosa costra de sudor que se adhería a nuestros corazones, las noches eran inauditas.

Cesado el fuego, caía la noche, mientras nuestros enemigos descansaban y cenaban a la luz de las hogueras, mientras organizaban fiestas y banquetes al alcance de nuestros ojos y nuestros oídos, nosotros, sin osar siquiera encender una luz, nos deslizábamos fuera de las murallas y bajábamos al foso. En él trabajábamos noches completas en un esfuerzo ímprobo de desalojar las porciones de muralla que habían caído en su interior durante el día. Igualmente durante la noche trabajaban sin descanso las cuadrillas de albañiles ocupados en recomponer cuanto de muralla había caído cada jornada. Se vivía, se comía, se luchaba, se soñaba, se trabajaba con desesperación. La desesperación era, al final, nuestra esperanza.

Muchos días estuvimos así, defendiendo la muralla durante el día y recomponiendo lo destruido durante la noche, y cada vez que se ponía el sol y los turcos no habían entrado en Constantinopla era una victoria para nosotros.

Pero era una victoria parcial, una victoria que sólo lo era si se consideraba desde el punto de vista de nuestro loco orgullo, de nuestra desesperación absurda. Era una victoria sólo si no se quería mirar, si se miraba pero no se quería ver. Porque si es cierto que manteníamos aquel equilibrio con aquella desproporción de fuerzas, también era cierto que nosotros éramos cada vez menos, lo que dado el desequilibrio humano tenía gran importancia, y que el foso estaba cada día un poco más lleno, las murallas un poco más caídas y deterioradas y los enemigos semejaban ser más y mejor entrenados.

Sin nada que hiciera presagiarlo, una mañana el bombardeo de los cañones cesó. No es que cesara sino que amaneció y los cañones turcos guardaron silencio. Los más optimistas de nosotros no tardaron en hacerse eco de la secreta esperanza de todos los habitantes de Constantinopla, del milagro que, en nombre de Dios Todopoderoso, había venido a salvarnos. “Los turcos han comprendido al fin que la ciudad es inexpugnable, una vez más, los enemigos se rinden ante nuestras murallas, van a levantar el cerco”. Los más realistas, sin embargo, quedaron en una expectante calma. De hecho, el silencio que siguió a aquel amanecer fue, si cabe, más terrible que el continuo martilleo de los cañones. La expectativa nos ahogaba, el no saber qué estaba ocurriendo nos oprimía y nos impedía respirar. Todos debíamos haber interpretado aquel silencio como la calma previa a la tempestad, como el anuncio del fin definitivo.

Las expectativas más agoreras se cumplieron al llegar la noche. Tan pronto como fue noche cerrada, los cañones comenzaron de nuevo a acosar la muralla y los soldados del sultán volvieron a merodear bajo ella. Sin embargo, a diferencia de los demás días en que se nos concedía un descanso, esta vez los bombardeos no habían de cesar al llegar la mañana. Aquello, pese a afectar a nuestra defensa, pues no nos permitía ni rellenar el foso ni reparar la muralla, no era lo peor que había de suceder aquel día. A media mañana llegó, con el viento, una noticia increíble, impensable. Grandes voces procedentes de los correos apostados al otro lado de la ciudad anunciaron que los turcos habían penetrado finalmente en el Cuerno de Oro y bombardeaban la ciudad también desde el mar. Yo no lo quise creer, ¿cómo era posible que la gran cadena de bronce que unía Gálata y el final del Serrallo hubiera caído? Era, sencillamente, imposible. De hecho, como pude saber mucho tiempo después, lo era. La cadena no había sido violada en modo alguno, sino que las tropas del sultán, durante la noche, habían llevado los barcos a través de la colina, por detrás del barrio de Gálata y así habían desembocado detrás de las murallas y en el interior del Cuerno de Oro. Aquel fue el mazazo que terminó con nuestras pobres posibilidades de resistir. La última esperanza quedaba, al fin, marchita. La ciudad estaba perdida.

Pese a todo ello aún aguantamos un cierto tiempo. De dónde sacamos las fuerzas y el ánimo para continuar luchando, lo ignoro. Imagino que cada cual las sacó de un lugar diferente de la naturaleza humana, tan dispar. De la propia desesperación algunos, del ansia de vivir otros, de una mínima esperanza escondida en algún rincón alguno más. Imagino que habría incluso quienes aún esperaban un milagro en forma de intervención divina o de apoyo material por parte de nuestros aliados comerciales, los genoveses o los venecianos. Yo, personalmente, seguí luchando simplemente porque no había otra cosa que se pudiera hacer. La salida, a mis ojos, era imposible, y el cansancio y el hambre eran punzadas que se clavaban como dentelladas en mi cuerpo y en mi mente. Mi cabeza estaba tan bloqueada que no podía sino seguir haciendo lo que ya hacía. Era como si mi vida tan solo hubiera sido por siempre estar en aquellas murallas, tragando humo y polvo y sintiendo los temblores de los cañonazos cuando se clavaban bajo nuestros pies. Imagino que, de algún modo, sabía que iba a morir pero que ya no me importaba.

El martilleo sobre las murallas siguió desde el mar y desde tierra aún durante varios días, sin cesar. Y así llegó un día en que el foso estuvo lleno de escombros y la muralla yació

semiderruida por centenares de sitios. El puesto que yo había defendido cuando empezó el bombardeo ya no existía más que en los recuerdos y no era más que una masa amorfa de piedras en el interior de la cual se pudrían los cadáveres de los conciudadanos sepultados por su colapso. No era preciso ser un gran estratega para predecir que el ataque final no tardaría en llegar.

Fue el 29 de mayo de 1453 cuando los turcos lanzaron contra Constantinopla un ataque que había de ser definitivo para nuestra suerte. Apostado entre los cascotes de la muralla, junto a la puerta de Los Romanos, pude oír sin esfuerzo la algarabía que, al despuntar el alba, precedió al ataque. Tenía a mi disposición la ballesta y veinte virotes que disparar. Cuando los tirara todos, dependería únicamente de mi espada frente a las alabardas y los alfanjes de la infantería turca.

La primera carga, sin embargo, no fue de la infantería, sino de los temibles jenízaros del sultán. A mi modo de ver, quienes primero atacaron las murallas no eran sino mendigos y campesinos que, en completo desorden y con pobres armas, comenzaron a escalar por las ruinas. Ignoro si eran voluntarios o forzados pero lo cierto es que nos hicieron gastar una munición preciosa. De paso, sus cuerpos, derribados por nuestras flechas, acabaron en el foso que defendía la muralla, rellenándolo aún más y permitiendo que, sobre ellos, avanzara la infantería en el ataque decisivo.

Recuerdo como si lo tuviera cada día ante mí el rostro del primer jenízaro que maté aquella mañana. Sin embargo no recuerdo el rostro de ningún otro, tal vez porque estaban demasiado lejos, tal vez porque quise olvidarlos, tal vez porque ninguno de los otros supo quién había sido su asesino. Se trató de un negro inmenso tocado con un turbante azul que portaba aquel extraño escudo con plumas que semejabán alas. Mi flecha le entró, desde muy cerca, por entre las costillas, y durante el segundo previo a la muerte nuestros ojos se cruzaron. No tuve tiempo de reflexionar sobre ello, pero es cierto que todo el tiempo, entre el polvo y los gritos, entre el olor a sangre y a miedo, entre la consciencia evidente de que la defensa que manteníamos ante la puerta de los Romanos era quebrada y sobrepasada casi de inmediato por la oleada que se nos venía encima, mis ojos derramaban un río interminable de lágrimas que creaban surcos entre la porquería que bañaba mi rostro.

Lentamente fui gastando mis flechas hasta que no me quedó ninguna. Cuando esto sucedió estuve un tiempo, ignoro si fueron minutos u horas, mirando al vacío sin ver nada, sintiendo que me ahogaba, madurando en un miedo que me atenazaba como si me hubiera convertido en una estatua de hierro. Fue el miedo a morir, el deseo de que aquella sensación acabara, lo que me impulsó, ballesta en mano, contra un guerrero turco que finalizaba su ascensión a pocos pies de donde yo me hallaba. Lo golpeé con el mango de la ballesta y luego lo volví a golpear una y otra vez hasta que cayó. Una vez que lo hubo hecho me puse en pie y tomé mi espada.

Cuando la enarbolé, ya el ruido de los sables entrechocando entre sí y rebotando contra los escudos y las alabardas se oía alrededor de mí por todas partes. El primer enemigo que hube de enfrentar lo derribé sin problemas, más dada mi posición de superioridad sobre el terreno que por mi destreza con la espada, pues, como os dije, nunca fui soldado. El siguiente, un gran guerrero nubio que se incorporaba apenas tras trepar por los restos de la construcción, paró el golpe que le dirigí sin el menor esfuerzo y se irguió inmenso frente a mí. Su primer mandoble, furioso por lo injusto de mi ataque, pude pararlo a duras penas pero, a cambio, mi espada me salió despedida de las manos y voló lejos. Para rematar mi penosa actuación, al recular ante el turco tropecé en una roca suelta y caí al suelo. En el momento en que comencé a retroceder arrastrándome asustado como un conejo, otros dos jenízaros hicieron acto de presencia en lo alto de la muralla en el

mismo punto por el que había llegado mi acompañante. Allí, sobre la negra piedra caliente al sol de mayo que era la muralla de Constantinopla, me dispuse a morir.

Sin embargo aquel momento quedó suspendido a la espera de una ocasión más propicia. Un grito espantoso, un grito proferido por una garganta sin nombre, resonó a pocos pies de nosotros y se hizo el dueño del espacio que ocupábamos. Los ojos de todos quienes allí nos encontrábamos se volvieron involuntariamente para localizar su procedencia.

De entre el polvo de la batalla, caminando con cadencia de bailarín, surgió un ser de talla descomunal, un ser que era, al menos, una cabeza más alto que el hombre más alto que yo haya visto jamás. Aquello, de aspecto humanoide, venía caminando sobre los restos de la muralla y blandía la cimitarra más grande que nunca hubiera salido del taller de un herrero. Caminando, como digo y pese a su talla imponente, con ligereza, se interpuso entre mis enemigos y yo y emitió un ronco bufido.

Aquel monstruo, pues no se le podría clasificar como hombre pese a que tuviera esa forma, debía medir seis pies y medio de alto y poseía una musculatura impresionante que empujaba a los guerreros nubios que había ante mí hasta hacerlos parecer niños. La anchura de sus hombros y de su tórax era desproporcionada con su altura. En sus brazos y piernas temblaban las venas de sus enormes bíceps. Su cabeza era grande y alargada, de nariz aplastada y ancha. Su boca semejaba mismamente un pozo; la frente, ancha, raleaba de negras cerdas que caían a lo largo de toda la cabeza a modo de melena de león. Además, parecía tener también, sobre ella, unos cuernos calcáreos, como los de un cabrón. Su piel era escamosa y fría como la de una serpiente. Poseía ojos rojos, enmarcados en cejas tupidas y de inmensa negrura, que destellaban con luz propia bajo el sol. Iba enteramente desnudo y aunque inicialmente pensé que su piel era roja, no fue más que un engaño de mis sentidos, pues luego pude constatar que iba totalmente bañado en sangre, de los pies a la cabeza.

El ser bramó de forma espantosa, abriendo una boca de dientes negros y desiguales. Al bramar, músculos como finas cuerdas resaltaron bajo sus pómulos negros y sobre la mandíbula. Tras mirarnos un momento, dio un paso adelante y cargó contra mis enemigos, que parecían tan fascinados como yo por la aparición de aquella visión de pesadilla. El primero de ellos, el gran guerrero nubio que me había desarmado, mucho más alto y fuerte que yo, trató de defenderse pero ni tan siquiera lo consiguió. Con una violencia inimaginable aquello descargó tal golpe contra él que le cortó el brazo con el que empuñaba el arma y el cuello un momento después. El guerrero aún permaneció un instante en pie, la cabeza rodando por el suelo, el cuerpo mutilado bombeando, ignorante, sangre a presión. A continuación los otros dos turcos cargaron contra la aparición, pero esta tomó a uno de ellos en vilo con un solo brazo, como si fuera un pelele, y lo lanzó de cabeza contra la roca; y ello al tiempo que, con su arma, la que, aunque sé que nadie me creerá, manejaba con una sola mano, cortaba limpiamente la cabeza al tercero de mis oponentes. La atmósfera pareció querer explotar ante el tremendo baño de sangre que acababa de presenciar. En ese momento el ser se volvió hacia mí y me dirigió una extraña mueca que, con los años y tras revivirla en miles de pesadillas, he llegado a interpretar como una sonrisa. Una sonrisa cargada de infinito desprecio y desdén por el alivio que yo sentía por haber salvado mi vida. Luego, sin previo aviso, lanzó un nuevo golpe de cimitarra, esta vez dirigido contra mí, el cual esquivé de forma que aún no logro explicar y que partió en dos la enorme roca sobre la que mi cuerpo reposaba.

La suerte quiso que, después de aquello, la bestia no me prestara mayor atención en adelante y que ésta se viera atraída hacia nuevos enemigos, cualesquiera que fueran los enemigos de aquello.

Reemprendiendo su camino con paso majestuoso y extrañamente solemne, continuó su marcha hacia mi derecha, siguiendo por el borde de la muralla rumbo a la Puerta de

Adriano. Agazapado entre las piedras de la muralla lo vi librar nuevos combates. El ser no pertenecía a bando alguno, según pude apreciar con total claridad, ya que blandía su cimitarra indiferentemente contra los jenízaros del sultán o contra nuestros propios defensores. Acá ensartaba un turco, allá cortaba una cabeza cristiana. Magnífico y lleno de vigor, irrumpía en mitad de combates cuerpo a cuerpo en que dos seres humanos luchaban y porfiaban por sus vidas y, haciendo un remolino con su arma, segaba la vida de ambos sin dispensarles mayor atención que la precisa para, ocasionalmente, desenclavar su arma de un ser aún vivo que lo miraba con ojos atónitos. Las espadas, las hachas o las alabardas que se usaban contra él le hacían poco o ningún daño. A lo lejos vi cómo enfrentaba a un grupo de guerreros turcos y cristianos, que viendo la atrocidad de su actuar, se habían aliado en mitad de la batalla contra él. A todos los mató, uno tras otro, con temibles golpes y remolinos y eso que eran al menos quince contra uno, y ello pese a llevar una alabarda en el costado y una espada clavada en el vientre. Aún cuando ya lo había perdido de vista entre el tumulto de la batalla pude escuchar, a lo lejos, su grito inhumano de odio y de rabia. De triunfo.

He de decir que, para mí, la batalla, que no había hecho sino empezar aquella mañana, terminó en aquel preciso instante. De repente, haber sentido la muerte tan de cerca me hizo recordar las ganas de vivir que aún tenía y que parecía haber olvidado. Abandonándolo todo como un vulgar traidor, me bañé en la sangre de uno de los nubios abatidos a mis pies y lo fie todo a la suerte y a la supervivencia. Me hice el muerto y dejé que se luchara a mi alrededor y que por mi lado ascendieran innumerables guerreros turcos. Pronto no hubo, probablemente no lo hubo en ningún momento, dudas sobre el resultado final de la batalla. Ninguna defensa era posible para Constantinopla aquel día. Por ello permanecí quieto, sepultado entre un montón de cadáveres que habían sido dejados atrás. Nadie reparó en mí en las interminables horas de calor y sed en que estuve fingiendo estar muerto, pero ello no es de extrañar, pues aquel día hubo miles de cadáveres en los que reparar y yo no era sino un grano de arena en una playa infinita.

Cuando llegó la noche la ciudad había caído en manos de los turcos y el sultán había entrado hasta la propia Santa Sofía. A mis oídos llegaban los gritos y los ruidos que son propios de una ciudad que es entregada al saqueo. Con todo en calma, me deslicé lentamente entre los restos y los cadáveres, superé el foso, ahora anegado de muerte, y salí a campo abierto. Tras una duda sobre qué dirección seguir decidí ir hacia la costa, escondiéndome y siendo sobresaltado por cada pequeño ruido que encontraba en mi camino. Después de un rato llegué sin mayor problema a la Puerta de Oro, donde el castillo de las Siete Torres había sido casi enteramente destruido y de allí pasé a la Torre de Mármol, junto al mar, adonde llegué ya con la alborada. Me limpié la sangre con el agua salada del Mar de Mármara, me hice con una barca y, lentamente, la deslicé hacia el mar.

A las pocas horas me recogió un velero, uno de los pocos que habían logrado salir de Constantinopla. El velero era mandado por el almirante veneciano Andrea Gandolfi, el cual me acogió en su barco y me prestó, con los años, todo su apoyo para instalarme en Venecia y que fue, como sabéis, desde siempre mi mejor valedor, mi defensor y mi amigo.

Fue aquí, en Venecia, donde empecé una nueva vida, donde llegó el trabajo, el progreso, el amor y los hijos. Fue también aquí donde llegó el olvido.

Explicar de qué medios se valió mi mente para apartar aquellos angustiosos minutos, los más angustiosos de toda mi vida, me es imposible. Tanto más cuando el hecho es que yo no olvidé nunca lo sucedido sino que esos minutos estaban siempre conmigo y yo los veía a cada momento. Sin embargo era como si al tiempo que los estaba viendo yo fuera ciego, como si no fuera capaz de extraerles ningún significado. Y fue sin duda la incapacidad de

comprenderlos que me cegó durante tanto tiempo, el hecho de que tal comprensión tan sólo me llegara en forma de desasosiegos nocturnos y de pesadillas, lo que impidió que me convirtiera en un enfermo, en un borracho o en un loco.

Fue una bendición más que evidente, la cura contra el miedo atroz que se adivinaba detrás de aquellas pesadillas. Eso, vuestros rostros y el rostro de vuestra madre.

Durante muchos años, todos los que vosotros tardasteis en crecer y haceros hombres, el recuerdo se mantuvo en la misma distancia helada y fría. Sin embargo el tiempo no me hizo olvidar, al contrario, los recuerdos permanecieron y se fueron haciendo más frescos y vivos conforme los años pasaban y me acercaba a la ancianidad. Cada día que pasaba más se manifestaban, en forma de gritos, de susurros, que venían a decirme: "Asúmeme, enfréntame".

Yo me resistí hasta que no tuve más remedio. Cuando ya no pude más el horror entró en mi vida y todo el miedo acumulado y no sentido durante años se hizo el dueño absoluto de mi persona.

¿Que era aquel ser inhumano que vagaba por la muralla de Constantinopla entre el polvo y el miedo, enteramente bañado de sangre y sembrando indiferente la muerte? No puedo saberlo, pues nunca vi ni oí contar nada semejante.

Espero, aunque lo dudo, que las almas de los muertos por esa entidad hayan encontrado descanso, y se me encoge el corazón al pensar qué pudo hacer un monstruo como aquel durante los tres días que, con sus tres noches, duró el saqueo de la ciudad en que nací y que una vez fue mía.

El alma humana está llena de escondrijos que permiten guardar aun las cosas más evidentes a los seres más queridos y que más próximos están, y es por eso que vosotros desconocéis que los últimos años de mi vida no han sido sino un cúmulo de obsesiones superpuestas. Obsesión por la identidad de aquel ser, por el terror que me inspira su recuerdo, por el hecho de que su imagen permanece conmigo sin abandonarme nunca, porque fue aquel día el día que yo volví a nacer, por el hecho de que todo lo que soy, todo lo que proviene de mí, seáis vosotros o la riqueza de la que todos disfrutamos, tiene su origen en aquellos momentos tan lejanos y tan terribles.

La obsesión de que es a ese monstruo a quien debo todo lo que soy y todo lo que poseo.

Mas no debéis pensar que es la culpa lo que me hace reflexionar así, ni tampoco que me aterre la posibilidad de no ser aceptado en mi próxima morada por esto. Nada de eso es. Todo cuanto haya de suceder es irremediable, y bien sabéis en qué concepto tengo a la Iglesia y a los hombres que la representan. Lo que me atormenta es el hecho de que aquel fue el momento cumbre de mi vida, el momento que dio sentido a todas las demás cosas, el momento que permitió que naciera quien yo, Emilio de la Strada, soy.

Nada pedí y todo me fue concedido, y tengo la certeza de que lo acaecido aquella mañana es ajeno a la existencia de los hombres, pues no era un hombre (ni nada que pertenezca a este mundo) lo que andaba por la muralla. Y eso me lleva a la conclusión de que yo, según las normas que rigen la vida de los hombres, debí haber muerto aquella mañana. Lo que sucedió aquel día alteró el curso de la historia, de una historia humilde si se quiere, pero historia al fin, y permitió que por el mundo vagaran unos seres, vosotros, yo, que tal vez no deberían pisar la tierra.

Me aterra pensar de quién somos todos hijos en última instancia.

Siempre he procurado ser un padre justo y por ello he preferido legaros, junto con mis bienes, mis recuerdos de aquella mañana para así concederos el peso de mis temores,

dejandoos con ellos la opción de decidir por vosotros mismos según los remordimientos que os pueda ocasionar saber de dónde procede, en última instancia, la riqueza de que disfrutáis en la tierra. No seré yo quien os juzgue pues yo parto hacia un lugar mejor.

Tampoco sé si es justo que os diga esto, pero lo cierto es que la vida nos ha sido regalada y siento dentro de mí que es preferible que sepáis qué fue lo que os la regaló, pues así, tal vez, estaréis prestos a pagar el precio en el caso de que seáis requeridos para ello.

Y dicho todo ello, ya no me queda nada más que decir. Nada temo, mi mayor deseo, mi única preocupación, es que cuando llegue el momento final, mis últimos pensamientos sean para los rostros de las personas que amo y para los lugares que he conocido, que sean para los soles que he visto y para el recuerdo del mar que ha sido una presencia orientadora y amante durante todos y cada uno de los días de mi vida.

Sin embargo temo que no sea así, pues temo que ese será el precio que deberé pagar por haber vivido mi vida y que mi última visión será la de aquellos ojos rojos que me miraban desde las simas más profundas de lo ignoto, la memoria del irrespirable hedor que adquiría la atmósfera en presencia de aquel ser y el inhumano rugido de rabia e ira que subía por la muralla de Constantinopla, aterrando la llanura tracia.

Mi alma apenas tiene descanso, no es ya más que un tambor roto.

Así lo dejo escrito en Venecia, a diez de octubre del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos noventa y dos”.

PRIMERA PARTE

“Llega como un segador, pues así sembrarás”

CÓDEX SAERUS. Quinto punto satánico

1. El inicio de todo

Era octubre, era el año 1492, era Marsella. Amanecía. Durante la noche pesadas nubes cargadas de lluvia le habían dado al cielo un tono violáceo y amarillento y el viento que venía del mar había llenado de salitre todas las cosas hasta hacer sentir a los hombres pegajosos y sucios. Sin embargo, con la primera insinuación del día, el viento se había calmado, las nubes se habían deshinchado y las gentes del Viejo Puerto habían podido ver, cuando se habían asomado a las ventanas de sus casas, que les esperaba otro día diáfano y transparente.

Un día como otro cualquiera.

Como cada día, decenas de barcos debían entrar en el puerto, así que nadie prestó especial atención al *Cástor*, un armazón muy poco marinero de tres palos y grandes velas amarillentas que venía desde Cartagena cargado de alumbre y que entró por la bocana con la primera luz del amanecer. Nadie prestó atención tampoco a la tripulación, una mezcla de griegos, chipriotas, turcos, españoles y portugueses que se desparramó por el puerto y sus tabernas tan pronto como consiguió el permiso del capitán.

Fue a una taberna blanca, con un zócalo de piedra negra y un gran ventanal que se encontraba al fondo del Viejo Puerto hacia donde encaminó sus pasos el grupo más numeroso de marineros del *Cástor* y fue en la gran mesa de roble que había bajo el ventanal donde escandalosos, gruñones y vocingleros, se acomodaron. Es en esa mesa donde se da inicio a esta historia.

La presidían los inmensos griegos Nikkos y Christoforos, dos hombres fornidos, de caras endurecidas y barbas enérgicas, con la piel marcada por innumerables tatuajes; junto a ellos se sentaba Antonio, el marinero español, enjuto y patilludo, con la cara cruzada por una enorme cicatriz que le iba del ojo izquierdo a la boca; un poco más allá se acomodaba Otto, enorme, albino, bávaro y desfigurado; cerca del final de la mesa se acomodaba indolente Amín, un argelino fibroso y ágil, de mirada de acero, que estaba condenado a muerte en su país y también en el vecino Marruecos.

Junto a ellos, un poco aparte, ocupando un extremo de la mesa, enfrascado en un silencio tímido de ojos que iban de aquí hacia allá con falsa atención, se sentaba Nicolás, el grumete, un muchacho enclenque y pecoso, de unos quince años, con la piel muy pálida y el cabello rojo brillante enmarcando en un mar de rizos alborotados, la cara delgada e inocente.

Sus ojos eran oscuros y graves; su sonrisa, una encantadora mueca de niño.

Una matrona de poderosas carnes, mirada de hielo y sonrisa agria que los miró a todos como si su sola presencia en el local fuera un insulto para ella, les preguntó a gritos desde detrás de la barra, por lo que querían tomar. Los hombres gritaron que querían cerveza y al

poco oyeron a la mujer dando ordenes destempladas hacia el interior de la casa. Al poco, un chico delgado y moreno les trajo, con mucha desgana, las primeras jarras.

Habían sido los primeros clientes del día pero, poco a poco, conforme el puerto terminaba de despertarse, más marineros fueron apareciendo y al poco la mayoría de las mesas estuvieron ocupadas.

Los hombres del *Cástor* hablaban a voces; lo hacía Felipe, un portugués de gran mandíbula y voz de trueno que era un fugitivo de galeras; lo hacía también Alexandros, otro de los griegos, un hombre joven que había tenido que exiliarse de su patria después de asesinar a sus padres un día que había vuelto demasiado borracho a casa. Se gritaba igualmente desde las otras mesas.

Sólo había una persona en toda la taberna que no gritaba, de hecho no había dicho ni una sola palabra desde que había entrado. Nadie lo había notado en cualquier caso.

Nicolás, el grumete, guardaba silencio. En su cara había una expresión extraña. Estaba turbado, sentía una asfixia cálida, una vaga sensación de derrota y abandono. De lujuria. Nadie notó nada extraño ni reparó verdaderamente en él cuando se incorporó un poco en su asiento para tratar de establecer la causa de aquello.

Se trataba de un aroma, de una emanación dulzona que ascendía lentamente por sus fosas nasales; un aroma de canela virgen, de flores marchitas, como si mil floristas locos hubieran tirado su mercancía más valiosa al otro lado de la puerta. A Nicolás le pareció que el azahar peleaba con las rosas y las madre selvas, con el laurel y los galanes de noche. Era violento, era sensual, era lánguido. Aturdía.

Del otro lado de la puerta que daba a las cocinas llegaron voces, voces que indicaban que la matrona estaba ejerciendo de tal y dictando severas ordenes a sus fámulos. Un momento después, con las palabras aún flotando en el aire, la puerta se abrió y emergieron por primera vez dos muchachas portando jarras de cerveza. Una, cabellos negros y ojos del mismo color donde habitaba todavía el sueño, era una niña aún, tal y como lo proclamaban las caderas estrechas y el pecho plano. La otra, Nicolás lo supo nada más verla, era la dueña del aroma que tanto le había turbado.

Semejaba ser una adolescente de quince o dieciséis años y poseía, bajo una larga cabellera pelirroja de cabello rabiosamente ensortijado, una tez pálida y cremosa, con algunas pequeñas pecas que la adolescencia aún no había logrado borrar de la cara ovalada. Su talle se adivinaba esbelto y exuberante y era portadora de unos ojos intensamente verdes que mezclaban la luz. Al mirarla Nicolás sintió que todo en ella era extrañamente salvaje, que desprendía un aura de sensualidad y peligro, de reto, de absoluto control de sus emociones y, al mismo tiempo, de magia, de embrujo, de promesas a medio cumplir en la selva tupida de esmeraldas que eran sus ojos.

El conjunto de sensaciones que envolvieron los sentidos del grumete cuando tuvo a la muchacha ante sí, hicieron que su corazón se encogiera con una angustia fría, con una necesidad absoluta. Sin poder remediarlo, ni querer, quedó prisionero en aquellos ojos.

La belleza de la joven, en cualquier caso, al igual que no pasó desapercibida para el grumete tampoco lo hizo para los demás marineros del *Cástor*. Y así, mientras este ensoñaba, desconcertado aún por los sentimientos que experimentaba y que tan extraños le resultaban, hubo de soportar la primera andanada de comentarios soeces que los marineros dedicaron a la joven que se movía, indiferente a todo entre las mesas. Poco después, una vez que se hubo admirado con la gracia infinita de sus movimientos y escuchado por primera vez su voz, dulcemente ronca, tuvo ocasión también de apreciar su carácter.

Sucedió que una jarra de vino que había sobre una mesa próxima cayó al suelo, cerca del lugar donde se encontraba la muchacha y, al inclinarse para recogerla, Antonio, el español, aprovechó

para tomarla de la cintura y sentarla sobre sus rodillas, entre las chanzas y las risas de los demás marineros. El marino incluso se había permitido acercar sus labios al cuello inmaculado de la joven. Todo acabó tan deprisa como había empezado pues un fuerte golpe resonó en la sala, calmó todas las risas y desvió las miradas hacia su fuente de procedencia. La matrona de grandes carnes y ojos de hielo blandía amenazadora un enorme bastón con el que había golpeado sobre la barra.

En el breve silencio que indicaba que volvía la calma, el marinero soltó a la joven e hizo un guiño de chanza en dirección a sus compañeros de barco y mesa. Sin embargo, la mirada, profunda y densa, de desprecio, que le dirigió la muchacha directamente a los ojos, le hizo sonrojar hasta la raíz del pelo e incluso llegar a balbucear una extraña e irreplicable disculpa.

En tal momento, aunque nadie lo percibió, se fundieron dos miradas a un tiempo en el joven grumete. Una fue de admiración y respeto hacia aquella jovencita que no había gritado ni hecho el menor aspaviento ante el acoso sufrido y además había puesto al rufián en su sitio con una simple mirada. La otra, cargada de inmenso desprecio y de severa advertencia, se dirigía hacia aquel que había osado poner las manos encima de la muchacha. Ambas miradas eran especialmente intensas y hermosas, cada una a su manera. La primera, brillante, estaba compuesta de amor y respeto; la segunda, oscura, se vestía de odio.

El resto del tiempo que los marineros del *Cástor* estuvieron en la taberna no sucedió nada digno de ser reseñado, salvo que la muchacha notó que en el grupo había un extraño muchacho de apenas su edad. “Parece un niño, ¿qué hace con éstos?”, pensó. Por supuesto también sorprendió al muchacho mirándola con fijeza e incluso notó que a diferencia de otras muchas que estaba acostumbrada a recibir, la mirada del joven reflejaba un extraño respeto. Y sucedió que, como le cayera simpático, una de las veces que el muchacho la miraba ella le dedicó una pequeña sonrisa. Este hecho pareció sorprender bastante al chico, puesto que parpadeó ostensiblemente y tardó varios segundos en responder a su gesto.

El rato siguiente, todo el que transcurrió hasta que con el mediodía, los tripulantes del *Cástor* abandonaran la taberna, fue posible ver al grumete sumido en hondas reflexiones. Los ojos grises se convirtieron en dos simas insondables, el rictus de su cara se volvió incluso severo y su aislamiento respecto de todo cuanto le rodeaba se hizo más patente que nunca.

Cualquiera que se hubiera fijado en él hubiera dicho que dudaba, y que era la suya una duda muy profunda, como si aquello sobre lo que debiera decidir pudiera tener graves consecuencias.

Fueron aquellos ojos hechiceros que se volvieron a encontrar con él cuando ya se levantaba de la mesa para abandonar la taberna, lo que decidieron todo. Lo hicieron hasta el punto de que cuando Nicolás salió por la puerta y volvió a pisar el empedrado del puerto que batía el sol, nada era ya como había sido antes.

En ese momento, muy lejos de allí, en Egipto, en el desierto de Ryanneh, violentas convulsiones agitaban la puerta del Ténaro y las densas nubes de azufre que lo solían cubrir se veían incrementadas por nuevos vapores oscuros e irrespirables que se elevaban hacia el cielo.

Del mismo modo la hermosa muchacha había quedado señalada para siempre. Señalada por una marca poderosa e imborrable, una que la sacaba del río del tiempo y la dejaba eterna e inmortalmente suspendida en su lozanía y su belleza. Una marca que al mismo tiempo, la convertía en un monstruo, una aberración, una muñeca. Y es que el pliegue que había entre sus piernas se estaba cerrando irremediamente. Lo estaba haciendo como se cura la carne cuando sana una herida. A media tarde estaba por completo cerrado y presentaba un aspecto liso e inmaculado, cual pudiera presentar la piel de un muslo o un brazo.

También quedó fijado el destino de Antonio, el marinero español que había osado mancillar a la joven, moriría aquella misma tarde, su muerte sería cruel y dolorosa.

Y es que Nicolás era muy poderoso.

2. Connie

Constanza Leroux, a quien, por abreviar, todos llamaban Connie, era inconcebiblemente hermosa. Siempre lo había sido, desde la cuna y a través de toda su infancia. Su belleza era una belleza sin defectos, llena de líneas armoniosas y exactas en la que cada detalle no era sino una pequeña obra de arte que mejoraba el conjunto al tiempo que era digna de ser admirada por sí misma. Hermoso era su cabello, suave como la seda a la par que enredado en un millón de rizos graciosos y brillantes. Hermosa era su boca, grande y sensual, roja como las granadas maduras. Blancos y perfectos eran sus dientes, arrebataadora la nariz levemente respingona y provista de dos aletas pequeñas y graciosas. Suave, de la textura del pan recién hecho, era su piel cremosa. Dulces, perfectas, eran sus manos y sus pies; flexible y cimbreante su cintura, jamás vista por hombre alguno, que se quebraba dulcemente en un ángulo lleno de cadencia y ritmo. Fascinantes eran sus caderas llenas y sus muslos llenos de vigor; terrible era su pecho lleno y firme; suave y delicado, blanco y frágil como un junco recién nacido, era su cuello.

Todo ello creaba un conjunto magnífico y arrebatador, sin duda sublime hasta el punto de enloquecer y enamorar a los hombres al primer vistazo y de generar la más insana envidia en las mujeres en el mismo lapso de tiempo. Y sin embargo todo ello no era más que el complemento a la verdadera fuerza de la belleza de Connie, como si se tratara del conjunto que el orfebre prepara para realzar una joya especialmente bella que se le ha encomendado. Y esta joya no era otra cosa que sus ojos. Unos ojos verdes del color de las esmeraldas en los que el tiempo y el espacio parecían estar por siempre detenidos. Eran ojos luminosos e intensos que a la vez que tenían una profundidad inhumana, eran incapaces de revelar ni uno solo de los secretos que escondían. Ojos poderosos, que se clavaban sin misericordia en todas las cosas y hacían que la gente, hombres y mujeres por igual, perdieran la razón y el hilo de los pensamientos.

Eran el rasgo más destacado de Connie y lo que hacía que su belleza no fuera simplemente magnífica. Su concurso era lo que daba a Connie aquel aspecto salvaje, aquella promesa de incendio voraz y calcinante, aquel descontrol a la vez frío y lleno de pasión que parecía envolver todo en lo que participaba.

La combinación de aquellos ojos con su sonrisa hacía perder el sentido.

Sin embargo, Connie era mucho más que aquel aspecto físico.

Para su hermana Estephanie, Connie era el ser más odiado del mundo. Odiado por su facilidad para la risa, por el tono amable de su voz y sus palabras, por la inteligencia fría y burlona con la que tan habitualmente la reprendía y la dominaba. También era digna de ser odiada, sin duda, por la hermosura, por aquello que los genes le habían dado a Connie con tanta generosidad y en cambio le habían escamoteado a ella. Aquello, intuía Estephanie, era importante. Aquello, pensaba, tenía que ver con el poder.

Para su hermano Eduardo, Connie era algo muy parecido, aunque revestido por un pensamiento secreto y jamás revelado. Eduardo, aparentemente, odiaba a Connie tanto como Estephanie. Odiaba su extraña honradez y su sentido práctico, odiaba la pasión con la que se enfadaba y discutía, con la que ocasionalmente daba portazos o se enfrentaba a su madre o al mismo mundo, la fuerza con la que encaraba cualquier problema, fuera este grande o pequeño, la misma forma en que era indomable y lo miraba, en ocasiones, con aquellos ojos tan fríos como diciéndole “yo sé lo que tú eres, Eduardo”. Sin embargo, y este era su secreto, Eduardo admiraba profundamente a Connie pues intuía en ella algo que nadie más de la familia detectaba: una fuerza y un valor, una determinación y una inteligencia muy superiores a

las de los demás miembros de la familia. En secreto Eduardo hubiera querido ser como Connie, pero nunca jamás se lo digáis a nadie.

Para Maríe, su madre, Connie era rebelde y díscola, discutidora y haragana, una niña que la miraba con ojos de hielo y que parecía estar siempre calculando en qué momento ella iba a morir. Reconocía su belleza y en secreto soñaba con que no se estropeará, pero nada más. Connie era arrogante y orgullosa. Arrogante al hablar y al servir, cosa que hacía como si cada uno de los clientes le debiera mucho más que unas simples monedas. Orgullosa al obedecer y al cumplir. Haragana en general e impredecible en prácticamente todo, como si las normas por las que se rigiera fueran diferentes a las normas por las que funcionaban todos los demás.

Para René, el mayor de sus hermanos, Connie era el ser más adorable de la creación. Su amor por la alegría limpia y la fuerza incontenible de Connie no tenía límites. Connie era su compañera de juegos y de risas, su cómplice de miradas de un lado a otro de la mesa presidida por la severa Maríe. Para él su hermana era brillante y dura como el diamante, inquieta y cariñosa, mordaz y amable, llevada siempre, como si fuera un barco que navega a toda vela por un mar embravecido, por sus ganas incontenibles de vivir y de reír, por su vitalidad contagiosa y limpia.

Pero para él, también era la niña que desde muy pequeña, a veces abandonaba todas las cosas, fueran el trabajo en la taberna o los escasos juegos de la niñez, y corría a esconderse al lugar que sólo ellos dos sabían. La misma que en soledad absoluta, solía permanecer horas enteras, llorando lágrimas amargas, sumida en poderosos silencios o cantando, las rodillas abrazadas y pegadas al pecho, una canción marinera que había aprendido en la cuna.

Para la propia Connie ella era esta niña perdida que cantaba en un rincón, desbordada por una angustia poderosa que se aferraba a su garganta, por un miedo profundo e invencible, por una soledad infinita e incomprensible, aterradora.

3. El sueño de Connie

Aquella noche en que Nicolás estuvo en la taberna Connie tuvo un sueño muy extraño. Era de noche, una noche fría y cargada de aromas, la luna llena parecía amarilla más que cualquier otro día y ella estaba sola en mitad de un largo prado. Había mirado a un lado y a otro como si no supiera dónde estaba, lo que era verdad, y luego había comenzado a andar. La hierba se movía al compás de una extraña música que sólo estaba en su cabeza y acariciaba sus pies desnudos con una sensación fresca y húmeda. Por todos lados las amapolas y las nomeolvides pintaban la escena.

Connie jamás había estado allí y tampoco había llevado ropas como las que ahora vestía. Su mandil y su falda habían sido sustituidas para la ocasión por unas finas gasas confeccionadas con la más fina de las telas, debajo de las cuales, como comprobó sin pudor, andaba enteramente desnuda. El aire acariciaba su cuerpo sonrosado y mecía suavemente su pelo, largo y fresco, desenredado como si hubiera pasado horas trabajando con él. Avanzando por el valle, a Connie le pareció que cantaba una canción en un extraño idioma. La verdad, no obstante, era que no comprendía las sílabas que cantaba y que éstas sonaban infantiles a sus oídos. Aquello le hacía reír.

Caminando lánguidamente Connie llegó hasta el inicio de un camino de tierra bordeado por altos álamos que crecían rectos e imperiosos hacia el cielo. Al otro lado de la avenida distinguió los restos de una construcción. No podía estar segura pues estaba muy lejos, pero parecían las ruinas de un antiguo templo, tal vez romano, pues todo cuanto divisaba eran escalones blancos y rectas columnas, algunas caídas sobre el suelo de mármol. Eso y las flores y el musgo que realizaban entre las ruinas su trabajo inagotable de color y pasadizos secretos. Tras la construcción se divisaba lo que parecía un pequeño estanque en el que flotaban las mínimas embarcaciones de los nenúfares.

Connie deambuló por la avenida que discurría entre los álamos, deteniéndose ocasionalmente para arrancar una flor que le pareciera más interesante que las otras. Avanzaba lentamente, tanto que cuando llegó junto a las escaleras, tuvo que mirar atrás pues le dio la impresión de que había llegado muy deprisa. Desde el otro lado el edificio parecía mucho más lejano; sin embargo, como era feliz, se encogió de hombros y desechó el pensamiento, pues ya algo había llamado su atención.

Correteando entre la hierba un diminuto conejo blanco había llegado hasta sus pies y ahora se alzaba sobre las patas traseras y la miraba interrogante haciendo gestos con su hociquillo rosa. Connie le dirigió palabras dulces y se inclinó para tocarlo; sin embargo el conejo ya no era uno, sino dos, y luego tres y cuatro. Al poco había una gran camada de conejos rodeándola. En ese momento, desde un árbol próximo comenzó a chillar una corneja y como si de una señal de alarma se tratara, otros animales hicieron su aparición en el claro, entremezclándose con los conejos.

Corderos, caballos, vacas y toros, gallinas y gallos, gatos de casa, ocas y patos, cisnes, perros pequeños de largas colas, cabras y cervatillos fueron pronto un apolonizado montón que se concentraba en el lugar que ocupaba Connie. Después empezaron a llegar otros animales más peligrosos, algunos totalmente desconocidos para ella: perros negros de grandes cabezas y poderosas mandíbulas, zorros de largas colas, lobos plateados, grandes gatos –unos a pintas, otros enteramente negros–, paquidermos del tamaño de una casa con largas narices que les llegaban hasta el suelo. Lo llenaron todo, el pasto con su presencia y el aire con un concierto de rugidos y balidos que aturdí. Los árboles eran también una barahúnda de gritos y cantos de aves.

Por algún extraño motivo los atraía, por lo que todos se amontonaban contra ella, como si quisieran rendirle pleitesía. Y Connie, empujada, tanteada, sobada y exprimida, sentía cómo por entre sus pies correteaban las gallinas y los conejos, como por sus muslos se rozaban los perros y los grandes gatos; cómo por sus costados se pegaban las vacas y los caballos, cómo el animal de la larga nariz le acariciaba con ella su cabello rojizo.

De repente los animales abrieron un camino para que uno de ellos pudiera acercársele. Abriéndose paso con imperiosidad, un gran gato de color cobrizo y majestuosa melena llegó hasta ella y le acercó la cabeza hasta pegarla a su vientre. Connie sintió el aliento ardiente del animal en el monte de Venus y trató de apartarlo de sí, pero fue en vano pues ya otros animales se acercaban y se agolpaban sobre ella, apretándola y asfixiándola. Pronto la derribarían, pensó, y si lo hacían podía morir aplastada bajo ellos. Sintió miedo.

Sin embargo no sucedió nada; poco a poco los animales se fueron apartando de ella y comenzaron a ponerse agresivos entre sí. Por todos lados era posible verlos tirándose mordiscos o golpeándose con las cabezas o las patas. Pronto un enorme jaleo de aullidos, quejas y llamadas fue el dueño de todo. Cuando los animales se apartaron un tanto y pudo ver mejor, Connie tuvo que sonreírse. Los animales no luchaban sino que habían comenzado los rituales de apareamiento. Aquello, que siempre le había avergonzado bastante, aquel día le pareció lo más natural.

Sobre las escaleras del templo se montaban los grandes gatos de melena, un poco más allá lo hacían el toro y la vaca, junto al gallo que disponía de varias gallinas para sí. El estruendo producido por un gran ciervo que en su afán por montar a una hembra de pelaje castaño y grandes ojos del mismo color, había derribado una gran piedra que se mantenía en somero equilibrio sobre una de las columnas detuvo las respiraciones y los demás sonidos durante un momento. Todo era correcto, todo estaba bien, todo aquello era justo y hermoso.

Pero había algo más.

Aunque no se dio cuenta al principio, Connie llevaba ya un rato oteando en busca de algo a través de la llanura de lujuria animal. No se había dado cuenta antes de que buscara algo porque no tenía ni idea de qué era lo que buscaba. La sensación, almizcleña, había llegado difusa, ondulante, hasta ella y se había apoderado de su ser sin permiso y sin remisión alguna. Connie sentía la garganta seca y si hubiera podido contemplar sus mejillas, se habría sorprendido del rubor tan intenso y desacostumbrado que las pintaba. Su corazón latía extrañamente fuerte y oleadas de calor subían por sus muslos, desasosegándola. Una extraña sensación de tensión, un incontenible deseo de abandono, era ahora el rector de sus sensaciones. Por eso Connie buscaba algo entre los animales que copulaban furiosos, de algún modo que nunca antes había sentido se notaba incompleta, como si fuera una persona a medio hacer.

Sólo había, aparte de ella, un animal en el valle que no tenía pareja.

De pie sobre una alta loma, la larga barba negra ondeando al viento mezclándose con las lanas del cuello y grandes cuernos enroscados que formaban un amplio arco que casi le arañaba la espalda, un inmenso macho cabrío la miraba con ojos negros como el carbón. Entre sus cuartos traseros golpeaba y bamboleaba una larga verga ya casi totalmente dilatada.

La mirada de Connie y la del macho cabrío se cruzaron un segundo por encima de los animales que copulaban indiferentes a ellos. Sintió cómo los ojos del animal quemaban a pesar de la distancia, y éste, orgulloso y arrogante, dio un paso al frente y luego otro más. Baló de lujuria y, en el mismo acto, se lanzó a la carrera hacia donde Connie se encontraba.

Sorprendida, la muchacha miró en todas direcciones, como si no fuera obvio que el animal cargaba directamente contra ella y sólo cuando no le cupo ninguna duda emprendió la huida. Pronto se vio esquivando, tropezando y desacoplando animales que la miraban furiosos y le

lanzaban mordiscos y cornadas de protesta. Zigzagueando, saltando y esquivando, Connie corría con desesperación. Entre las manchas de color distinguió un pequeño claro y a través del mismo se precipitó a todo lo que sus piernas eran capaces de dar. Con el balido tenebroso de su perseguidor cada vez más próximo dio un largo salto para evitar los escalones del templo y se adentró por las ruinas.

Volvió a la hierba haciendo un quite en el último instante que le proporcionó varios segundos más de ventaja. Pero era la suya, ya lo comprendía, una lucha que no tenía sentido. Pronto notó un topetazo en sus nalgas que la hizo trastabillar y aunque se recuperó, algo se entrelazó entre sus piernas y la derribó al suelo. El macho cabrío, negro y poderoso, se abalanzó balando desaforado y babeando de concupiscencia, sobre ella.

Sintiendo al animal sobre sí, Connie gritaba y trataba de zafarse, daba puñetazos y patadas, arrancaba gruesos mechones del cabello lanudo y áspero, pero todo era en vano. El peso y la fuerza del cabrón le superaban muy ampliamente y éste pronto estuvo sobre ella pugnando por montarla. Boca abajo sobre la hierba, con la cabeza aplastada contra el suelo, sintió como algo tanteaba entre sus muslos.

Su último recuerdo fue el del tacto áspero de la hierba que se introducía en su boca, pues de repente se despertó en la cama, sobresaltada y mirando en todas direcciones a un tiempo. Durante varios segundos, mientras aún sentía los latidos del corazón en la cabeza, trató de recordar el sueño que tanto le había sofocado. No fue capaz de hacerlo, lo había olvidado para siempre. Sin embargo, como le había quedado una extraña sensación entre las piernas, acercó, temerosa pero deliciosamente maligna, su mano hacia aquel lugar. Cuando alcanzó su destino descubrió, con una mezcla de ansiedad y horror, que la herida que hasta la noche antes estaba allí se había cerrado y que no tenía sexo.

4. El Ténaro

En Egipto, más concretamente en el desierto de Ryanneh, tal vez la zona más árida y desolada del Africa, se encuentra el Ténaro.

Para llegar hasta él, en el caso de que alguien tuviera la osadía o la intención, existen diversas rutas que parten desde Libia y desde Nigeria, sin embargo es más aconsejable la que refieren los códices primitivos y que no es otra que la que parte del Mar Rojo.

Esta ruta, avalada por la mayor parte de los estudiosos, aconseja que desde el mar se tome la vieja carretera que conduce a Kaná y una vez superada, se siga descendiendo por el Nilo hasta llegar al Valle de los Reyes, en Luxor. De Luxor se ha de partir y continuar trecho por un desierto terrible hasta llegar al oasis de Al Jarya.

Todos los viajeros que una vez hicieron la ruta recomiendan que al menos se descansen una semana en este oasis, pues para entonces las fuerzas se encuentran menguadas y lo peor del camino está por llegar.

Descansado en el oasis es preciso continuar la marcha por el desierto, que no es aún propiamente el de Ryanneh, caminando sobre piedras calcinantes y cortantes que hierven y siendo permanentemente atacado por un viento que aúlla y que es como un golpe de fuego en el rostro, hasta llegar a la lejana población de Mut, en la que es posible abastecerse por última vez de agua y de comida. Este alimento, mitad vegetal y mitad animal y que está hecho con pulpa de zarzas y carne de lagarto y escorpión, es indispensable para la continuación de la marcha; es así en parte porque ya no es posible avituallarse más, como se ha dicho, pero también porque es la única comida que no se pudre bajo el calor infernal que se ha de soportar en los siguientes días.

Salidos de Mut aún es preciso caminar otra semana hasta la misteriosa y antigua ciudad de Dajla, que es ya la antesala del Ténaro.

De Dajla nada se sabe, sólo que está allí, olvidada por siempre. Nadie sabe quién la construyó en un lugar en el que ni siquiera los escorpiones patrullan; tampoco nadie sabe quién la habitó ni cuánto tiempo hace que dejó de hacerlo. Allí están, entretenidas en nada, mirando al infinito eternamente, sus ruinosas torres y sus extraños templos, sus grabados y bajorrelieves en los que se repiten incesantemente las imágenes de barcos y de serpientes marinas. Allí permanece olvidada desde tiempo inmemorial, su escritura incomprensible que se estima mucho más antigua que la caldea, la sánscrita o la avéstica.

Desde el eterno sueño de Dajla hasta el Ténaro no hay ya más que una jornada de camino.

En efecto, después de caminar unas pocas horas en dirección Sudoeste se alcanza la zona más desolada y deprimente del planeta. En ella, el sol abrasa durante todo el día sin misericordia, aplastando las rocas y la arena. Por la noche la temperatura desciende hasta cotas insospechadas, partiendo las rocas agotadas de soportar tanta dilatación y tanta retracción. Se dice que ningún animal habita donde tiene lugar este respiradero de los infiernos y que ningún escorpión o lagarto, ninguna araña, ave u hormiga osó jamás pisar esta tierra calcinada y maldita. Como consecuencia de ello, el único ruido que es posible percibir es el del viento. Un viento permanente e interminable, entretenido desde siempre en cambiar de forma las dunas rojizas y en esculpir siglo tras siglo las rocas a su antojo.

Avanzada una jornada completa por estos parajes jamás hollados por caravana alguna, el viajero verá ante sí la inconfundible silueta del Monte Ryanneh, de inmediato reconocido por sus estratos rojizos y las extrañas formas que permanentemente parecen agitarse en

la cúspide en un extraño baile que al parecer no es más que un efecto óptico producido por el sol y la arena suspendida en el viento.

En la base de la montaña, allí donde parece partida en dos por una gigantesca hacha, espera al osado viajero el desfiladero de Oyanat, y es allí donde se podrá vislumbrar un pozo inmundo, oscuro como la noche más negra, inundado de azufre y de vapores irrespirables que se unen en la superficie a la atmósfera de forma permanente y que es la boca misma del infierno en la tierra.

Fue de allí de donde, la noche correspondiente al día en que el joven grumete Nicolás dejó su marca sobre Connie, surgió, en un parto abominable, un ser de pesadilla.

Oliendo a azufre y a cianuro ascendió por la cuesta que era la boca del Ténaro y lanzó un prolongado aullido dirigido a la noche solitaria. Cuando los ecos se apagaron alzó sus tres cabezas y olfateó insistentemente el aire. Después inició su interminable búsqueda.

Caminando tan solo durante la noche, pues durante el día debía esconderse de los rayos del sol, el monstruo tardaría varios años en salir de Egipto y alcanzar la playa de Sirbon, en el Mar Mediterráneo, donde debería decidir de nuevo su ruta.

De este monstruo, grande como un rinoceronte y blanco como la misma luna, se ha de decir que era extremadamente poderoso y que a su paso los perros enloquecían y aullaban durante días enteros y rabiaban de tal modo que era preciso sacrificarlos. También los animales más grandes, como los lobos, las panteras y los leones, se apartaban de su ruta muchas horas antes de que llegara. Los pájaros quedaban callados y estáticos en los árboles y el águila de cabeza blanca, tan pronto como lo intuía, se apartaba del alto cerro donde tenía su nido y haciendo círculos más allá de donde alcanza la vista del hombre, lo seguía y lo vigilaba en su andadura. Los animales pequeños suspendían cualquier actividad y quedaban muy quietos y en silencio en sus madrigueras

A su paso dejaba un rastro de tierra quemada y calcinada; por donde había pisado nunca volvía a crecer vida alguna.

Esa misma noche, cuando el *Cástor* salía del puerto de Marsella, Nicolás tuvo que des-
pertar de la plácida ensoñación rebosante de rojos cabellos y fantasmagóricos ojos verdes a la que se entregaba sobre la cubierta del barco y alzar la vista para mirar atentamente en dirección sudoeste.

El monstruo en su lento caminar por el desierto, notó a lo lejos la preocupación de Nicolás y aulló espantosamente a la noche con sus tres bocas.

5. La familia de Connie

El matrimonio entre René Leroux y Natalie du Prie, celebrado veinticinco años antes del inicio de esta historia, fue algo por nadie previsto y que incluso sorprendió a la vecindad del Viejo Puerto. Sorprendió porque era difícil pensar en dos personas más diferentes y que provinieran de estatus sociales más distintos. No fue previsto por nadie porque nadie los vio jamás juntos ni presencié siquiera un intercambio de palabras entre ellos hasta el día de la boda.

Pero allí estuvieron. René Leroux grande, robusto, de cara enrojecida, un pescador basto, hijo y nieto de pescadores, propenso a la ira y al alcohol, y Natalie, una flor lánguida de invernadero, apagada y rubia, criada en los elegantes salones de su familia, tal y como si fuera una valiosa joya que hubiera sido preciso preservar del mundo.

Las malas lenguas, por supuesto, afirmaron con vehemencia que si el comerciante de sedas Valentín du Prie no hubiera fallecido unos meses antes de que el enlace tuviera lugar no se habría celebrado nunca.

Al año siguiente del matrimonio nació el pequeño Valentín y René invirtió una parte de la fortuna de su fallecido suegro en adquirir una vieja taberna del Viejo Puerto. Los negocios iban tan bien que incluso pudieron permitirse contratar una criada para que se hiciera cargo de los cuidados del recién nacido y ayudara a la vieja cocinera en las tareas de la casa.

René, el hijo y nieto de pescadores, engordó de orgullo el día que invitó a su padre a comer a la casa de los du Prie y fue la sirvienta que había contratado quien acudió a abrirla la puerta.

La sirvienta se llamaba Maríe y procedía de una familia muy humilde de Marsella. Era la menor de tres hermanas. Contaba en aquel momento con trece años y era una muchacha rolliza y bien desarrollada, pecosa y pelirroja, como sería un día su hija, aunque sin pretender comparar ambas bellezas. Era alegre y bien dispuesta, risueña y cantarina. Durante horas era posible oír la cantar o reír mientras bañaba al niño o ayudaba en la cocina, mientras lavaba la ropa o atendía cualquier cosa que Natalie o la cocinera le ordenaran.

René era un hombretón grande y viril, expansivo y ruidoso, aficionado a la fiesta y al alcohol, aficionado al amor. Natalie no. Natalie era apocada y delicada, una muchacha tímida, como se ha dicho, criada en los salones de la casa familiar igual que se cría una rosa en un invernadero. Allí donde René ponía su corazón y su risa estruendosa, Natalie ponía una voz de campanilla que parecía incapaz de salir de su cuerpo y una risa inaudible y escasa. Donde René ponía pasión y concupiscencia, Natalie ponía una sonrisa pasiva y unos miembros que apenas se estremecían ni respondían a los besos ni a las caricias. Allí donde René se desbordaba de amor, Natalie era una superficie impermeable que lo encharcaba todo.

René era sensual y, al no poder volcar su necesidad de sensaciones en el amor, no le quedó más remedio que volcarla en el vino. Natalie tuvo que acostumbrarse a ver a su esposo volver borracho desde la taberna muchas noches. Cuando esto sucedía se marchaba de la habitación conyugal y se instalaba para pasar la noche en otra más pequeña, que cerraba con llave. René llegaba y aporreaba la puerta, Natalie le pedía entre lágrimas, que se marchara. Al final René dormía siempre solo. Desasosegado, inquieto e incompleto.

El resto de la historia es bien sencilla de suponer.

Allí estaban Natalie, hermosa, pero de una hermosura lánguida, triste y seca; y Maríe, hermosa de una hermosura alegre y comiente, de una figura voluptuosa y ardiente. Mujeres eran las dos, de eso incluso René terminó por darse cuenta.

Y sucedió que un día, tal vez mucho más tarde del momento en que debería haber sucedido, René regresó borracho de la taberna y se sintió colmado de una audacia voluptuosa y rancia. Tocó, como siempre hacía, en la puerta de Natalie y la encontró cerrada. Entonces, en lugar de acudir a su alcoba, se fue, trastabillando por el pasillo, hasta la habitación en la planta baja que ocupaba la niñera de su hijo y la sedujo.

Lo hizo aquella noche y en adelante muchas otras.

Natalie no tuvo más remedio que notarlo. René dejó de tocar a su puerta e, incluso, cuando llegaba sereno, pasaban horas desde el momento en que ella lo veía llegar, procedente de la taberna, desde la ventana del cuarto hasta que finalmente depositaba su gran corpachón, exhausto y satisfecho, en el lecho conyugal. Sin embargo es buena prueba de la ingenuidad de Natalie el hecho de que no sospechó nada de lo que estaba sucediendo en la planta baja de la casa hasta que lo vio con sus propios ojos.

Una noche en que de nuevo René se retrasó interminablemente en llegar al piso de arriba, Natalie bajó a la planta baja y lo buscó por el salón y la cocina, por el patio y la sala de costura, y no lo halló por parte alguna. En su ingenuidad se fue hasta la zona en la que dormían Maríe y la cocinera e iba a tocar la puerta de la criada para preguntarle si había visto al señor cuando la propia voz de éste le informó de su paradero desde el interior de la habitación.

Las palabras tiernas e inequívocas que se decían el uno al otro, los ruidos que siguieron a la corta conversación que sorprendió, se clavaron para siempre dentro de ella y la inmovilizaron definitivamente.

Natalie reaccionó a su manera. No hubo escándalos ni discusiones, no hubo reproches, ni siquiera un intento de devolver al esposo al lecho conyugal. Con frialdad matemática, con la propia falta de pasión que aplicaba a todos sus actos, trazó una línea y con ella separó dos mundos que ya no tendrían puntos de intersección. Tomó sus cosas y abandonó la habitación que ocupaba con René para trasladarse definitivamente a aquella otra más pequeña en la que se había refugiado de la ebriedad de su marido. En esa habitación fue donde en adelante llevó su vida. Ya no la abandonó nunca, siquiera para comer ni para hacer sus necesidades, las cuales eran sacadas siempre de allí por la propia Maríe. Se aisló, como mucho tiempo después haría su marido, por completo del mundo y fue progresivamente agriándose en un olvido autoimpuesto. La poca luz que alguna vez hubo en sus ojos se apagó definitivamente y ya no fue sino una estaca apagada, una rama sin hojas ni flor que tejía su vida con gesto hosco.

Sin saberlo Natalie estaba cavando su propio fin.

Porque su negativa a abandonar las habitaciones creó un nuevo equilibrio de fuerzas en la casa.

Empezó de una forma gradual con Maríe entrando a hurtadillas alguna noche en la habitación de René o disponiendo del dinero de la casa para ir al mercado o pagar a la cocinera. Pero luego se fue haciendo más patente, conforme Maríe fue adoptando la posición de señora de la casa. Al mes de encierro de Natalie, Maríe ya no sólo comía en la mesa con su amante sino que además dormía con él todas las noches e incluso los dos se emborrachaban indecentemente en los salones y corrían desnudos por los pasillos de la casa.

La vieja cocinera los sorprendió un día haciendo el amor sobre la mesa del comedor.

Por esa época fue también cuando Maríe empezó a salir a la calle con las ropas y las joyas de Natalie.

Así las cosas, con Natalie cada día un poco más olvidada del mundo, pues nada tenía aparte de su marido y su casa, y Maríe cada día un poco más dueña de la vida que le correspondía

a Natalie, el estado de fuerzas de la casa se mantuvo en equilibrio durante un tiempo. Se mantuvo, en realidad, como se mantendría una guillotina sujeta por una cuerda muy gastada que estuviera situada sobre la cabeza de Natalie. Se mantuvo hasta que Maríe, cual era lógico que sucediera, quedó embarazada.

Maríe primero sospechó de su estado de buena esperanza y cuando lo confirmó dedicó una mañana completa, mientras cuidaba del pequeño Valentín y hacía todo lo preciso para el mantenimiento y el orden de la casa, a pensar sobre cuáles eran los pasos a seguir. Con frialdad, con la primera manifestación de qué clase de mujer era ella en realidad, hizo sus cálculos, comprobó sus posibilidades, valoró a sus enemigos y a sus aliados, y al cabo concibió un plan. Un plan que debía darle exactamente lo que era suyo, lo que merecía.

Natalie, a quien Maríe subía la comida cada día, enfermó súbitamente. Sin causa aparente su organismo se rompió y pareció incapaz de retener alimento alguno. Impávida en la oscuridad de un cuarto al que sólo Maríe entraba y del que sólo salían las noticias que Maríe decidía dar, se fue en vómitos torrenciales que la consumieron como si fuera una candela en un incendio.

Murió rápidamente y sin protestar.

La noche después del entierro, después de pasar una tarde terrible en la que tuvo que escuchar cómo la gente murmuraba cosas espantosas sobre Maríe y la muerte de su esposa, René se enteró al fin de que su joven amante estaba embarazada.

Ninguna pregunta se atrevió a hacer René a Maríe, del mismo modo que ninguna investigación se abrió sobre la muerte de Natalie, pues, al cabo, ninguna familia le quedaba a esta y René no dispuso que ninguna investigación fuera abierta. El paso de Natalie por el mundo, leve y fugaz, fue condenado al olvido y Maríe y René se casaron tras un periodo más o menos adecuado de luto. A los pocos meses nació René, el hermano mayor de Constanza.

El embarazo, o tal vez el embarazo y el matrimonio, o quizás el embarazo, el matrimonio y el nuevo poder que ostentaba cambiaron a Maríe. De pronto la joven amante ya no era tal sino la señora de la casa y la madre de los hijos del patrón y el equilibrio de fuerzas dio un nuevo giro. Las noches que tan amables habían sido, que tan llenas de abandono, pasión y gemidos de placer habían estado, se quedaron en noches rutinarias, frías y maritales. Llegó el frío, se hizo el dueño de todo y los amantes se volvieron extraños.

René volvió al vino al poco de casarse.

Maríe se lanzó a la comida.

Un día discutieron. René había vuelto borracho de la taberna y Maríe le había sustraído algún dinero de la bolsa. René se dio cuenta. Los gritos se sucedieron y despertaron a los niños y a los vecinos. René era grande y fuerte, pero unos años de mucho comer habían hecho de Maríe una mujer alta y robusta también. La pelea fue brutal, en ella René golpeó a Maríe y luego, cuando la tuvo tendida y desmayada en la cama, la violó. Ésta, cuando el hombre se durmió, voló al corral y regresó con un martillo de grandes dimensiones.

A René lo despertó el dolor indescriptible del pesado martillo golpeando con fuerza sus piernas. Trató de levantarse pero no pudo. Cuando miró, vio el ángulo imposible en que estaban dobladas sus rodillas y a sus gritos de dolor se sumaron otros nuevos, más agudos y penetrantes, de pavor. En medio del jaleo desesperado en que se había convertido el cuarto, Maríe se inclinó hacia él y, jalándole el cabello, acercando por última vez ambos rostros, le escupió palabras de fuego: “Una noche te mataré” le dijo “pero tú no sabrás cuál será hasta que venga a matarte”.

Nueve meses después de aquella noche, el 15 de noviembre de 1477, nacería Connie.

La relación de fuerzas en la casa dio entonces su giro definitivo. Como consecuencia de las lesiones que Maríe le causó, René quedó ya por siempre imposibilitado para levantarse y caminar. Maríe dispuso que fuera abandonado en un sillón que había en la sala de costura junto con un par de mantas viejas. Todos los días alguno de sus hijos le llevaba hasta allí las sobras de la comida, una vez al mes la vieja cocinera lo cambiaba de ropa. La propia Maríe le llevaba cada noche un par de botellas de vino.

René no volvió nunca a caminar. También dejó de hablar.

Los negocios fueron mal en manos de Maríe. Tan mal que, al cabo de unos pocos años, la familia se había visto obligada a abandonar la casa en la que Maríe y René se habían conocido y había vuelto a vivir en la pequeña casa de tres cuartos situada en el piso superior de la taberna.

Para el momento en que empieza esta historia René era ya un viejo gordo y alcoholizado que se pudría, literalmente, en el pequeño salón de la casa, inmovilizado por las lesiones, el alcohol y el desprecio que inspiraba en sus seres más próximos, y Maríe era una rolliza matrona de aspecto severo que, con talante adusto y un eterno malhumor que formaba parte de su propia esencia y que no era sino el velo detrás del que escondía su fracaso, regentaba con mano firme el establecimiento venido a menos en que se esforzaban sus vástagos.

Valentín, el hijo de René y Natalie había muerto tiempo atrás, así como otros hermanos de Connie. Había muerto la pequeña María, que hubiera sido mayor que ella, y también Luis y Jean Marc, que hubieran sido menores y que no eran hijos de René. Como tampoco lo era Estephanie.

Dos hijos y dos hijas les quedaban para entonces a René y Maríe.

Los varones, René y Eduardo, eran tan distintos entre sí en aspecto y carácter como el día y la noche. Pues mientras René era un hombretón fornido y de largo cabello rubio como lo había sido su padre, Eduardo era flaco y enjuto, de negros cabellos grasos. René era alegre y expansivo, honrado y trabajador, noble en el trato, amable en la relación, Eduardo en cambio era callado y huraño, frío e inteligente. De todos los miembros de la familia era el más dotado para el trabajo intelectual, pero como era holgazán, nadie realmente pensaba que pudiera tener un gran porvenir.

Las dos hijas supervivientes eran también muy distintas entre sí. La menor de todos, Estephanie, era poco más que una niña delgada y molesta, de grandes ojos oscuros revestidos siempre de una sombra insondable de tristeza. Era de todos la más parecida a Eduardo y la más distinta a Connie.

De todos ellos el más querido por las gentes era René; lo era por su humor y franca nobleza, compostura, sus ojos limpios y honestidad. De hecho si se le hubiera preguntado a la pequeña Constanza quién era el ser que más quería de entre todos los del mundo no hubiera dudado un momento en señalarlo.

6 . “L’heure dangereuse du premier matin”

Fresca y luminosa, blanca y alegre, la taberna que René había adquirido con el dinero de Valentín du Prie ya existía como tal desde mucho antes de que él naciera. Se trataba de una construcción sólida y maciza y estaba enclavada al fondo del Viejo Puerto, en la zona llamada *Muelle de los Belgas*, a la sombra casi de la iglesia de Saint Ferreol. El primer piso donde habitaba René y su familia había sido añadido unos años antes de la llegada de los Leroux.

Su estilo era sencillo y mediterráneo y si destacaba en algo sobre las demás tabernas que poblaban el Viejo Puerto, era por el gran ventanal que presidía una de las paredes y por el cual entraba la luz y el viento del mar hasta hacer parecer que se estaba en la cubierta de un barco. Por lo demás era una taberna como cualquier otra y tan semejante a las que colindaban con ella que entrar en detalles sobre la misma sería monótono: grandes mesas de madera negra y vieja, una larga barra tan vieja como las mesas y con el olor del salitre impregnado hasta en la última molécula, paredes blancas decoradas con aparejos de pesca, arpones viejos y esqueletos de peces; grandes barriles negros por todas partes, algunos sirviendo incluso de asientos y todo ello aderezado con el sudor de los hombres entremezclado con las especias del vino y de la comida; con el olor de la sal combinado con el de la brea y el del alquitrán, con el del viento y el propio mar.

La taberna poseía dos salas, una grande para los bebedores y otra más pequeña, situada junto a la puerta de entrada, que era donde se servían las comidas y que solía estar vacía, más por falta de una buena cocinera que por otra cosa. Y es que desde que la anterior cocinera fuera despedida por Maríe, la taberna del viejo René era sobre todo un lugar de cervezas y caldos, pues lo único que Maríe y sus hijas sabían cocinar decentemente eran sopas calientes de pescado para servir en el invierno. Con tales antecedentes no debía considerarse extraño que el lugar fuera principalmente frecuentado por tripulaciones ya saciadas que acudieran más en busca de unas horas de diversión que de otra cosa. Tampoco es de extrañar que las borracheras, las peleas, los gritos y las canciones fueran frecuentes entre aquellas paredes.

La fachada, una pared de madera que había sido, antes que blanca, naranja y amarilla, poseía un alto zócalo de piedra negra que llegaba hasta la altura de las ventanas y un gran cartel también negro en el que, en letras blancas, se podía leer el nombre de la taberna *l’heure dangereuse*.

Ese era el nombre que rezaba el cartel, que necesitaba una mano de pintura tanto como la propia fachada, pero aquel no era ni su verdadero nombre ni el nombre por el que la gente la llamaba. Los marineros y la gente del puerto, por abreviar, la llamaban simplemente *L’heure*, y su verdadero nombre era *L’heure dangereuse du premier matin*, en referencia a la antigua creencia de que a esa hora de la primera mañana, cuando ni el día lo es ni la noche, es cuando más cerca están las almas del cielo y que por eso la gente está más predispuesta a morir en ese momento que en cualquier otro del día.

Al respecto del nombre es preciso decir que la taberna ya lo tenía puesto cuando René Leroux la adquirió y que nadie en el Viejo Puerto recordaba quién la había bautizado así ni por qué macabro motivo.

7. Las preocupaciones de Maríe

Maríe dudaba y se angustiaba. Conocía el momento, sabía que el mismo sobrevolaba ahora sobre su existencia y sabía también que no se quedaría demasiado tiempo, que unos días podían ser fatales para la finalidad que pretendía. Todas esas cosas estaban grabadas a fuego en su mente práctica. Sin embargo, no se decidía. En lugar de eso lo pensaba una y otra vez y al final su mente se desdoblaba siempre en dos voces, una que le gritaba que actuara ya, y otra que le decía que debía esperar.

Pero el caso es que ésta era la primera de las muchas ofertas que había recibido que verdaderamente debía considerar, la única que estaba realmente a la altura del premio. Eso era tan cierto como que el caballero, monsieur Bastón, había insinuado, más bien había dicho claramente, que esperaba una pronta respuesta. Y su oferta era verdaderamente magnífica, suficiente como para devolver a la familia al lugar que en los ambiciosos sueños de Maríe, le correspondía.

Y, no obstante, Maríe dudaba.

Era cierto que eran buenos tiempos para la taberna, en realidad eran buenos tiempos para todo el puerto de Marsella. Cierto era que habían podido reparar las ventanas y volver a pintar la fachada y el cartelón; cierto era también que las mesas y las sillas que ahora ocupaban los clientes eran nuevas y mejores, como mejores eran los vinos que bebían. Pero eso era tan cierto como que su alma rapaz no se conformaba, como el hecho de que las cosas aún podían mejorar. Como que la oferta de Emilio Bastón era suficiente como para comprar una taberna nueva.

Dudaba.

Por supuesto no era cuestión de preguntarse por los motivos por qué de entre todas las tabernas del Viejo Puerto era la suya la de mayor éxito. Sin duda aquel milagro no era debido a la comida ni a la bebida por mucho que ésta hubiera mejorado, tampoco era posible afirmar que fuera debido al ambiente o a su belleza ni a su posición. No había que engañarse; el motivo por el que las tripulaciones preferían aquella taberna y no otra, la causa por la que comerciantes y capitanes la elegían para tomar un vaso de vino o de cerveza, era la misma por la que luego muchos remoloneaban hasta el cierre y se dirigían a ella con ojos interrogantes y ávidos. La respuesta estaba, había estado, siempre ante sus ojos. La respuesta era Connie, la deslenguada y díscola Connie, la mujer más fascinante de Marsella, aquella cuya fama se extendía ya más allá de los límites del puerto.

Y por supuesto, después de las miradas ansiosas, del respeto virginal que Connie inspiraba incluso a los más alborotadores, habían comenzado a llegar proposiciones formales de matrimonio por parte de hombres de toda condición y aspecto que querían comprarla a ella y vencer a Connie para llevarla a su lecho.

Había habido muchas, decenas de ellas, y todas las había rechazado Maríe a la espera de aquella decisiva, aquella que hiciera justicia a la belleza de la muchacha.

El hecho de que Constanza fuera deslenguada y orgullosa no quería decir que Maríe no hubiera sido capaz de apreciar que era una niña muy hermosa. Lo había sido desde siempre, pero no se había dado verdadera cuenta de la verdadera dimensión de su belleza hasta que despuntó en formas rotundas y dulces de mujer a los quince años y contempló asombrada el arrobamiento y el embobamiento con que todos la admiraban. Lo hacían los hombres mayores igual que los jóvenes; los casados igual que los viudos y los solteros. Para ser justos se ha de decir que Maríe no comprendió que aquello en lugar de ser una fuente de problemas podía ser una mina de oro hasta que llegaron las primeras ofertas, ofertas no hechas precisamente por marineros o artesanos del puerto sino por hombres graves y de buena posición social.

Fueron las ofertas de matrimonio lo que provocó que por primera vez se preocupara por las compañías y el comportamiento de Connie. En ese sentido Maríe esperaba graves problemas.

Su hija era impredecible y orgullosa, arisca, contestataria e incapaz de someterse a la autoridad, sus ojos estaban permanentemente llenos de desafío y de pasión.

Justo al contrario de cómo ella la quería.

Maríe la quería sumisa y atada a la casa, la quería sin impulsos y vacía de sueños, la quería apartada de los petimetres arrogantes, guapos y orgullosos que pudieran enamorarla y hacerla desaparecer y que tanto abundaban en Marsella. Realmente, eso lo sabía Maríe mejor que nadie. Si Connie hubiera sido menos bella, si no hubiera habido la posibilidad de hacer negocio con su matrimonio, el hecho de que se hubiera enamorado y casado con cualquiera, incluso que, llevada por cualquier promesa que le hicieran o cualquier sueño, hubiera desaparecido e instalado en cualquier otra parte, hubiera sido una bendición. De hecho, de no haber sido por su belleza, Maríe hubiera alentado aquellas compañías entregándola al primero que la hubiera pedido con tal de que no reclamara una dote.

Así que convencida de la belleza incandescente de Connie, Maríe se había preparado para librar cruentas batallas en defensa de su honra y de un mejor destino para la familia.

Sin embargo Maríe no había tenido ni un solo problema ni una discusión.

Connie había cambiado sin avisar y sin que nada hubiera sucedido que lo justificara. No era posible dudar de que el cambio se había producido, pues este había sido tan evidente como lo es el paso del día a la noche y había sido además mucho menos gradual.

Tan claro estaba en la mente de Maríe que incluso se atrevía, cuando lo pensaba que no era muy a menudo, a ponerle fecha al mismo.

Había sido tres años atrás, unos días antes de que Constanza cumpliera quince años.

Una mañana la había encontrado en la cocina, sentada ante un tazón de leche lleno de migas de pan al que no había hecho el mínimo caso. Su mirada estaba perdida en el infinito, la propia Constanza estaba ausente, errante, desaparecida.

Aquella mañana había nacido la nueva Constanza, Maríe no podía decir que hubiera perdido con el cambio, al contrario.

Aquel día había desaparecido la Constanza rebelde, gritona y discutidora. La niña alborotadora, risueña, juguetona y activa ya no había existido más y en su lugar había dejado a una persona mucho más serena y retraída cuya voz ya no se escuchaba por los rincones de la casa y que no participaba en los juegos de los hermanos. De ser vital e incendiaria pasó a ser una adolescente pálida en cuyos ojos no era posible encontrar ni siquiera rescoldos de la pasión que siempre los habían caracterizado.

Además, había empezado a hacer sin rechistar lo que se le ordenaba, se había vuelto serena y controlada, cuidadosa, reservada, limpia y pudorosa.

En todo ello Maríe no vio sino un mar de bendiciones que se resumían en que el hombre que tuviera que cargar con ella no tendría que vérselas con una fiera desobediente y orgullosa, sino que ella podría sumar a su belleza aquella nueva mansedumbre, aquella dignidad reposada. Sin duda eso no hacía más que subir el listón a quienes pensarán pretender a Constanza.

Para rematar su dicha y contrariamente a lo que había temido, ningún interés por los muchachos del Viejo Puerto que la miraban con ojos luminosos había demostrado su hija, y nunca había detectado una mirada, un comportamiento sospechoso o una ausencia poco justificada.

Inusual pero igual de bien recibido que el resto de los cambios había sido el hecho de que Constanza, cuando terminaba su trabajo en la taberna, ya no salía a corretear ni a jugar con sus hermanos por las callejas y los puestos del puerto, en lugar de eso se sentaba en la puerta de la taberna y tejía. Tejía inacabablemente.

Sí, las ofertas habían ido llegando y con ellas al fin una casi inmejorable. Emile Bastón era un importante comerciante de pieles de la localidad, dueño de numerosas fábricas y almacenes. Era un hombre poderoso, con muchos negocios e influencia en Marsella, y que habitualmente acudía a *l'heure* con regalos para la familia y se desvivía en atenciones para Constanza. Ésta, incluso, parecía tener una cierta simpatía hacia monsieur Bastón, cosa que, al razonamiento de Maríe, era bastante indiferente, porque su hija haría lo que se le dijese y lo haría sin rechistar. Ella tenía sus planes claros y sus cuentas hechas y su joven y en ocasiones díscola hija no se iba a interponer ni un tanto. Sin embargo, Maríe era consciente del hecho de ser una buena conocedora de aquellas componendas amatorias de donde provenía la voz que le gritaba que esperara aún un poco más. Constanza tenía tan sólo diecisiete años y su belleza era lozana y rozagante, fresca y vergonzante, tal vez aún podían llegar mejores ofertas. Maríe le tenía echado el ojo a un caballero ya mayor, viudo y dueño de una flota de navíos, que solía acudir acompañado de su secretario y que cuando estaba en la taberna, no apartaba los ojos de ella ni un momento. El caballero vacilaba y aún no había hecho una aproximación final, pero con su buen ojo clínico, Maríe estaba segura de que pronto habría una primera toma de contacto.

Y por eso esperaba y daba largas al impaciente monsieur Bastón, por eso estaba siempre tan pendiente del comportamiento de su hija Constanza. Y es que no quería que en el último momento, justo cuando ya acariciaba el premio, sucediera algo que diera al traste con todo.

Y por eso, cuando Nicolás volvió a presentarse en la taberna tres años después de su primera visita, la única que percibió una posible amenaza que pudiera provenir del mismo fue la atenta Maríe.

El primer punto de sospecha y aprensión para Maríe aquella mañana de marzo fue el insólito rubor que teñía las mejillas de su hija y la extraña excitación de su mirada.

Lo había notado muy temprano, al poco de abrir las puertas de roble de la taberna, y por casualidad. De hecho no le hubiera dado más importancia de no haber continuado sucediendo cosas extrañas durante toda la mañana.

Aquella mañana a Connie se le caían las jarras, se le olvidaban las bandejas encima de la mesa, olvidaba los pedidos y en ocasiones se quedaba detenida en mitad del jaleo como si no supiera dónde estaba. Un par de veces a Maríe le había dado la sensación de que su hija había sufrido vahídos y había estado a punto de caerse desmayada al suelo. También la mirada que habitualmente dedicaba a la gente, aquella que era cálida y altanera a un tiempo, era diferente. Y sin embargo había rubor en sus mejillas y sus ojos relucían. En el ritmo de su respiración era fácil percibir que estaba agitada.

El descubrimiento de la causa que producía tales sensaciones lo logró Maríe poco después de las diez y media; tuvo la forma de mirada y fue totalmente casual. Le bastó con notar desde su posición privilegiada junto al cajón de la recaudación, un cambio en la mirada y la pose de Constanza.

Aprovechando una mínima pausa en sus tareas, la muchacha se había quedado mirando con fuerte intensidad hacia un punto concreto de la taberna. Para Maríe, que estaba especialmente atenta, había sido una mirada extraña, fija, cargada de interrogación y angustia. De forma natural, Maríe había seguido aquella mirada y la había encontrado posada en un joven enclenque y pelirrojo que estaba sentado con su tripulación en la mesa grande situada bajo

la ventana. Rápidamente Maríe había vuelto sus ojos hacia su hija y las miradas de las dos se habían cruzado.

La reacción de Constanza al notar que su madre había percibido aquel contacto visual, fue tan evidente que ésta no pudo por menos que concluir que había llegado al final de sus pesquisas, y que la causa de la extraña conducta de su hija durante toda la mañana era aquel joven tan insignificante. La atención de Maríe quedó ya dividida el resto de la mañana entre Constanza y el muchacho.

De la observación del muchacho lo primero que confirmó fue su insignificancia. Era débil y enclenque, debilidad que se veía furiosamente aumentada por el tamaño de la gente que lo acompañaba: marineros rudos que en el caso de alguno de ellos, prácticamente lo doblaban en tamaño. Pero eso era la apariencia externa y lo que se podía obtener del primer vistazo. Realmente si uno se fijaba muy bien y estaba preparado para ver las cosas, y la mente aguda y observadora de Maríe realmente lo estaba, podía apreciar que con aquel joven grumete pasaba algo un tanto inusual.

De hecho, sentado allí con aquellos hombretones, el chico le había dado la sensación de ser un cuadro que estuviera dentro de otro cuadro. Por algún extraño motivo la atmósfera era diferente a su alrededor. Parecía extraño en su lugar entre aquella gente y no desentonaba sino por su aspecto débil y excesivamente juvenil, pero había para el observador atento, sutiles indicativos. Por ejemplo, si uno se fijaba bien durante unos minutos podía ver que nadie realmente dirigía la palabra a aquel muchacho y podía apreciar que él mismo, aunque participaba en el jolgorio y la risa del momento, tampoco dirigía la palabra a ninguno de forma concreta ni hablaba con nadie en particular. Tampoco ninguno de sus compañeros parecía mirarlo o no. Estaba pero no estaba.

En cualquier caso, tampoco pudo estar mucho tiempo mirando al grumete sin que éste se percatara de la atención que se le dispensaba por parte de la posadera y la mirara a su vez. El chico la miró y durante unos segundos sus ojos se encontraron. En la silenciosa lucha que siguió Maríe percibió muchas cosas, de ellas dos especialmente destacables. La primera fue que los ojos del muchacho eran unos ojos muy extraños, unos ojos profundos y densos donde la debilidad que en él se intuía se transformaba por ensalmo en fuerza y en misterio. En fuego. La otra es que le era imposible apartar la mirada, como si aquellos ojos tuvieran un imán dentro de sí, como si fueran una potente luz y ella nada más que una polilla.

Maríe, por tanto, quedó suspendida allí hasta que el grumete apartó los ojos, y para entonces ella no era sino angustia. Aquella mirada profunda e insondable había entrado hasta los más ocultos rincones de su alma y su vida y una vez allí, los había escrutado y juzgado con una lupa fría e implacable. Cuando le permitió apartar los ojos, el muchacho le había sonreído levemente, pero su sonrisa no había reflejado complicidad o simpatía, sino tan solo crueldad. En ella el chico no había hecho sino constatar el reconocimiento de todos los actos, defectos y angustias que constituían la vida de Maríe. Había sido una sonrisa tan fría que ni siquiera contenía un reproche sino que se había limitado a decir “vaya, así que esto es lo que eres, Maríe de Leroux”.

Aquella angustiada desnudez, aquella fría exposición no hizo sino confirmar la impresión ya presentida de que algo muy extraño estaba sucediendo aquella mañana en la taberna.

Poco después, por cosas de la naturaleza, Maríe tuvo que ausentarse unos momentos de la sala principal. Al volver su corazón perdió un par de golpes en el ritmo que era la vida misma: el muchacho no estaba en su mesa, a Constanza no se la veía por parte alguna.

Con una punzada más de ansiedad que de temor, pues pensaba que conocía a su hija, se dirigió hacia la puerta posterior, donde era posible que los hombres hicieran sus necesidades,

y allí los encontró. Constanza estaba en el patio, de frente a ella, y parecía escuchar, muy interesada, algo que el chico, de espaldas y apoyado en el vano de la puerta, le decía.

Antes de que Marie pudiera hacer algún ruido que indicara su presencia y cortara la conversación, el joven se dio cuenta, por la mirada de Connie, de que alguien se encontraba situado a su espalda, e interrumpiendo su frase, se volvió lentamente hacia Marie.

Otra vez el chico, del que ya sabía que se llamaba Nicolás y que servía como grumete en el *Anastasia II*, miró fijamente a los ojos de Marie y nuevamente le dirigió una mirada cruel y despiadada que le hizo sentirse desnuda y avergonzada. Luego, con una sonrisa burlona en su cara juvenil, dedicó una última mirada a Constanza que pareció asentir imperceptiblemente. Entonces pasó por su lado hacia el comedor con la sonrisa de burla y desprecio aún pintada en el rostro y sin ni tan siquiera dirigirle un gesto.

Después de aquello Nicolás y su gente abandonaron la taberna y el resto del día Constanza ya pareció más calmada y relajada.

Con cuidado, Marie interrogó a su hija a la hora de la comida respecto de aquel muchacho y ésta le contestó que no era más que un grumete y que sólo había intercambiado un par de palabras con él, y lo había dicho con tal indiferencia y tal desprecio que Marie había quedado mucho más tranquila.

Sin embargo hasta última hora de la tarde estuvo considerando la posibilidad de cerrar con llave la puerta de la habitación de sus hijas.

Su planteamiento era sencillo. Había dos opciones: una, que todo fuera tal y como había dicho Constanza; dos, que fuera lo que su intuición le había dicho, lo que le habían dicho los ojos brillantes y las mejillas arboladas de su hija. Su error consistió en que, antes de acostarse, se había asomado un momento a la habitación que compartía con Estephanie y la había visto dormir, y había sido tan virginal su imagen, había sentido tan profundo su sueño, que al final había optado por la opción equivocada.

Se despertó un rato después, cuando un sexto sentido le indicó que alguien se deslizaba a oscuras por la casa. Después había sentido un crujido de la madera, en el lugar próximo a las escaleras en que el piso siempre crujía. Primero pensó que lo había soñado, y sólo se dio cuenta de que lo había sentido en sueños con tiempo suficiente de volar hasta la ventana y ver la mancha azul de la capa de su hija perderse en la oscuridad.

Marie tuvo que vestirse y lanzarse a la calle para evitar el desastre. Ya en ésta, al principio, no supo por dónde se había marchado Connie pero al cabo percibió un movimiento que se perdía en dirección a Saint Lambert y hacia allí se dirigió con sus años y sus kilos de más. La muchacha avanzaba a buen paso y Marie no podía acortar la distancia que las separaba pese a que se esforzaba vivamente. Así siguieron a través de las calles estrechas y desiertas que, cada poco, eran bañadas en plata y negro por la luna que salía o entraba detrás de las nubes.

Cuando por quinta vez asomó la luna entre las nubes, Marie comprendió que lo que su hija se proponía era atravesar el barrio para volver a salir al mar, cerca ya de la Cala de los Catalanes. Al comprenderlo Marie aceleró aún más el paso, con el corazón saliéndosele del pecho, allí debía ser donde su hija estaba citada con aquel poca cosa llamado Nicolás.

Justo cuando alcanzaba la primera hilada de afiladas rocas negras por las que se abría paso el sinuoso camino hacia la playa, Marie notó un feroz aleteo y el grito de advertencia de un ave. Algo se abalanzó sobre ella.

8. El sexo de Connie

Si Connie había dejado de jugar y de brillar, si se había lanzado a tejer en la puerta de la taberna, fue debido a lo sucedido años atrás durante la primera visita de Nicolás.

Fue debido al miedo.

Por aquel entonces Connie era muy joven y no le había prestado demasiada atención a aquella parte especialmente sensible y maliciosa de su anatomía. Por supuesto tenía nociones al respecto de las funciones básicas que cumplía, pero el tema no le había interesado demasiado hasta el momento. Para ella, “aquello” era algo que estaba allí pero sobre lo que mantenía una actitud distante. Lo consideraba algo perverso a la par que delicioso, pecaminoso, y sobre todo molesto. Molesto mensualmente, molesto como el sitio al que sus ansias se iban en momentos determinados, como el punto que, algunas veces, parecía pensar por ella y la sacudía hasta hacerle perder el control, como aquello que llenaba su mente de visiones vagas y sensaciones que la desasosegaban y no la dejaban dormir.

Sabía también que era por allí por donde salían los niños, y sabía también que era por allí por donde entraban los hombres en las mujeres en la noche de boda. Sabía que todo aquello tenía que ver con el hecho de que los hombres la miraran, la hubieran mirado siempre de aquella forma fija, oscura y hambrienta.

Había oído algunas cosas más, cosas pecaminosas, había oído incluso a los sacerdotes maldecirlo desde el púlpito, llamarlo el “mal” y el “estigma de Eva” y mil cosas por el estilo. Sin embargo las visiones religiosas nunca le habían impactado demasiado.

Y luego, una mañana angustiada, había desaparecido.

Connie había estado detenida durante horas, tal y como si el reloj que debiera conducirla a lo largo de la vida se hubiera parado. Había estado tan desorientada y tan asustada que no había podido ni siquiera pensar, de hecho, cuando trataba de recordar aquella mañana y los días siguientes se daba cuenta de que no podía pues era tal y como si los mismos se hubieran borrado de su mente. No recordaba nada de lo que había hecho, comido o pensado. Para ella era como si hubiera estado todo el tiempo atónita, tal y como la había encontrado Maríe.

Después había empezado a pensar y había sido entonces cuando se asustó de veras.

Por allí venían los niños y las mujeres tenían hijos con veinticinco o treinta años. Ella tenía catorce. Así que las mujeres no perdían “aquello” con catorce años.

Así llegó el miedo y también la vergüenza.

Quiso dormir, estar durmiendo siempre a la espera de que al despertar aquello hubiera vuelto igual que se había ido.

Una vez estuvo a punto de contárselo a Julie, una amiga un poco mayor que ella y que ya andaba en componendas con un muchacho de la vecindad, pero se había detenido en el último momento. Otra vez, una noche en que se había sentido la más sola de las mujeres del mundo, había estado cerca de contárselo a su hermano René. Sin embargo luego había pensado que no lo entendería.

Al final no se lo contó a nadie, se lo guardó para sí.

Y sucedió que aquel secreto, aquel terror, le arrebató todas sus ganas de vivir, todas sus ansias, toda su alegría. De repente pareció que la comida ya no supiera igual ni el sol brillara, pareció que los días alegres no fueran más que remedos de otros que sí lo fueron verdaderamente. Pareció que una mano inmensa se posara sobre ella y se lo negara todo, una mano

que la tomara y la llevara a un lugar extraño, en el que ella ya fuera por siempre diferente a todos.

Era diferente a todos, tenía un secreto inconfesable. Estaba sola.

Y sucedió que, al cabo de unos meses, Connie, que al fin y al cabo era un alma luchadora, hizo lo único que podía hacer para sobrevivir: lo olvidó. Lo colocó en un rincón de su mente y junto a él puso un cartel que rezaba “prohibido mirar”, tal y como se hace con los recuerdos que se quieren negar. Lo dejó estar a la espera de que igual que se había ido, volviera en caso de que tuviera que volver. Hecho este sencillo ejercicio procuró que su vida siguiera por los cauces por los que se había desenvuelto hasta ese momento.

Por supuesto, en ocasiones el recuerdo volvía. A veces se escapaba del redil y Connie tenía que pasar un buen rato persiguiéndolo hasta que lo capturaba de nuevo y lo devolvía a su rincón. Sin embargo adiestró su mente para que no lo dejara salir casi nunca y así poder dejar que los años pasaran.

Y la mejor terapia, la forma en que mejor controlaba su mente, en que no pensara, era teniéndola ocupada.

Por eso se entregaba al trabajo, por eso deseaba trabajar y no jugar.

Por eso tejía interminablemente ante la puerta de la taberna.

Y luego había llegado aquel muchacho tan extraño.

9. La Cala de los Catalanes

Aquel extraño muchacho, pelirrojo y pecoso como ella, enclenque y con mirada de tísico, se había acercado a ella muy temprano y le había susurrado una sola frase al oído. La frase había producido el efecto de que Connie temblara y se estremeciera. Le había llegado por detrás, mientras ella estaba en la cocina, en la parte de la taberna que no estaba permitida a los clientes, adecentando los fogones y fregando las jarras que habían quedado de la noche antes. Había llegado en silencio, tanto que le había hecho dar un respingo cuando había notado su presencia tan próxima que casi se habían rozado. Su voz había sido áspera y urgente, revestida de notas dulces. La frase había sido más una orden que otra cosa.

“Sube a mirarte y verás que hoy eres normal”.

Le había largado aquella frase terrible que tantas connotaciones tenía dejándola sin aliento, y se había vuelto a su mesa sin darle tiempo para replicar.

Connie había tardado bastante en reaccionar. Su primer instinto fue el de negar que aquella frase le había sido susurrada al oído, el siguiente el de pensar que su contenido no había sido correctamente entendido. Después sintió que iba a echarse a llorar de indignación.

Después pensó que ella no le había dicho nada a nadie al respecto de su “problema”.

Sólo al final le había asaltado la duda.

Así que había subido corriendo a su habitación, se había subido la falda y apartado la ropa interior y lo había vuelto a contemplar, sonrosado y limpio, expectante. Su cuerpo era normal esa mañana.

Cuando hubo arreglado nuevamente sus ropas y controlado su emoción, Connie volvió a bajar a la sala de la posada. El muchacho, inalterable desde su mesa, le había dirigido una leve sonrisa como diciendo “¿Has visto?”, pero como no pretendiera decirle nada más y no era cosa de hablar en público, Connie quedó el resto de la mañana ansiosa y sin saber muy bien como comportarse. Con la mirada, ocasionalmente, trataba de adivinar o intuir algo de aquel muchacho, el cual, indiferente a ella y a su angustia, permanecía entre sus compañeros de navío, bebiendo y riendo.

Más tarde, sobre las doce del mediodía, había tenido lugar la segunda conversación entre ambos, aquella que había sido interrumpida por la presencia de su madre. Se había tratado de una conversación muy corta, en realidad de una sola frase. De nuevo el grumete se le había acercado sin que ella lo notara y, cuando ella se había dado la vuelta le había dicho una sola frase: “Yo sé lo que te pasa y sé como solucionarlo. Si quieres que se solucione podemos vernos esta noche en la Cala de los Catalanes”. La presencia de Maríe no había permitido que la conversación se prolongase más.

Y hacia allí se dirigía Connie, a la hora convenida.

Connie puso pie en la arena y se detuvo. La cala, recogida y solitaria, protegida del camino y de Marsella por altos farallones de roca, estaba por completo desierta. En ella sólo habitaban dormidas gaviotas y una luna que aparecía y desaparecía entre nubes tan pesadas que parecían de piedra. Olas lentas iban y venían, el viento daba la sensación de ser especialmente cálido para la época del año. Al fondo, en la parte en que la playa era más estrecha, brillaba una luz. Hacia ella se dirigió Connie.

La luz la ofrecía una gran hoguera que alguien había encendido con los restos de una barca de pesca.

Detenida junto a la hoguera, sola en la playa, Connie miró en todas direcciones y se dispuso a esperar.

Había sido un día muy difícil, un día en que durante horas, las preguntas y los miedos se habían agolpado en su mente hasta formar un inconcebible montón. Las preguntas fueron obvias y se habían referido al hecho de cómo era posible que aquel muchacho supiera que ella normalmente no tenía sexo y cómo sabía que aquella mañana, sí. La siguiente pregunta se había referido a la forma en que el muchacho podría haber llegado a tener conocimiento de ello. Nadie podía habérselo contado porque ella no lo había contado a nadie. Y si nadie se lo había contado, entonces Connie no sabía cuál era la siguiente pregunta.

Los miedos se habían circunscrito al hecho de citarse con un hombre en una playa desierta, sola y en mitad de la noche.

Los miedos y las preguntas habían sido como un péndulo entre cuyos extremos había bailado su mente todo el día. Durante horas había pasado del llanto a la ansiedad, y de la necesidad de saber al deseo de que todo fuera en adelante normal de nuevo.

Al final había decidido bajar. El muchacho sabía lo que le sucedía, así se lo había dicho. Y si sabía eso, tal vez fuera cierto que él pudiera conseguir que ella fuera de nuevo normal, tal vez pudiera conseguir que el miedo se acabase.

Decidió bajar porque se le ocurrió que si alguien más sabía lo que le sucedía, si podía escuchar una palabra de comprensión, entonces ya no estaría sola. Porque de pronto había sentido que aquella mano que le oprimía y que impedía que los días fueran alegres se apartaba de ella y le dejaba ver de nuevo el sol. Además el muchacho, el único ser del mundo que sabía que algo inaudito sucedía con ella, le había dicho “Si quieres que se solucione”. Es decir, que su problema aún no estaba resuelto pese a que su sexo estuviera allí de nuevo.

Así se le había ido el día y eso era lo que había decidido.

Pero ahora en cambio sobre la arena de la playa, aspirando el olor a sal y a algas de la cala, la otra opción parecía tener más sentido. A fin de cuentas ella era de nuevo normal, a fin de cuentas, si el muchacho lo sabía, si sabía lo que le sucedía, tal vez se debía a que él era el causante, de algún modo de todo aquello.

Y ella había quedado citada con él, y sola, en medio de una playa desierta.

Un sentimiento de angustia ardiente y densa le subió desde las entrañas en dirección a la boca. Aquello era un error, un gran error.

Decidió irse.

Sin embargo, cuando ya se daba la vuelta, un ruido tenue que provenía del otro lado de la hoguera le llamó la atención y le hizo detenerse. Algo llegaba, algo entraba en el círculo de luz que iluminaba aquel rincón de la playa.

Cuando aquello salió por completo a la luz, Connie debió llevarse las manos a la boca para no comenzar a gritar como una loca.

Ante ella se había detenido un ser de tamaño descomunal. Algo que la miraba con ojos rojos luminosos.

Aquel ente magnífico, al menos dos cabezas más alto de lo que era su hermano René y de impresionante musculatura, tenía la piel levemente escamosa y los rasgos de su cara recordaban de forma vaga a los de un macho cabrío. La zona superior de la cabeza semejabán dos enormes cuernos que partiendo de su frente, se enroscaban en dirección a la nuca. La expresión de su rostro era atroz y en torno a él la atmósfera hedía. Hedía como nunca antes lo había percibido Connie ni aun ante los más espantosos olores de su vida. Andaba desnudo y su inmenso miembro apuntaba directamente hacia ella.

Conforme aquello iba aproximándose a ella, Connie, aterrada, sin apenas notar que se movía, se fue apartando de él. Finalmente quedó recostada contra el muro de roca que remataba la playa. Allí el monstruo se paró ante ella y le habló:

—No tengas miedo, Connie —le dijo. Su voz resonó metálica y fría, aterradora en la noche entre el ruido de las olas mansas que lamían la orilla y el ondear del viento.

Aquel ser, negro, pero con un tono tan oscuro que ni tan siquiera parecía un color sino un trozo extraído de la misma noche, adelantó uno de sus poderosos brazos hacia ella. Al hacerlo las vaharadas que lo acompañaban se hicieron más intensas y Connie sintió una arcada que venía a toda prisa de su estómago. Su cuerpo, sin embargo, hizo un esfuerzo por controlarlo. El único esfuerzo consciente que haría durante horas.

Paralizada, como si estuviera en mitad de un sueño, Connie ni siquiera sintió cómo contenía la respiración cuando unos dedos fríos se deslizaron por su mejilla, cuando una mano soltó la horquilla que sujetaba su pelo y lo hizo caer como si fuera una cascada de fuego por su espalda. No tuvo fuerzas para levantar la mano cuando aquello la despojó de su capa y se acercó más aún a ella. Para cuando aquel miembro enorme la golpeó entre las costillas y los dedos afilados, acabados en largas uñas, comenzaron a rasgar sus vestiduras, el hedor alucinante que lo llenaba todo era ya el único rector de la mente de Connie.

Como por azar sus ojos fueron hasta las pupilas del monstruo y allí se quedaron largo rato. Como si ella ya no fuera ella, sintió que viajaba a algún lugar lejano, que caía en un pozo de amargura y dolor, que aquella caída se prolongaría durante siglos. Como consecuencia de ello apenas notó cuándo ya desnuda, fue tomada en brazos y depositada con suavidad en la arena.

Sintió en cambio, lo sintió en sus ijares, en el alma, cuando el visitante comenzó a poseerla.

Durante muchas horas estuvo poseyendo a la desmadejada Connie. Imposible hubiera sido para ella saber el número exacto de horas como también el recordar la multitud de aberraciones que cometió sobre ella. Después, y ello lo agradecería, tan solo recordaría el olor, la peste intensa que le hizo perder el conocimiento durante varias fases de la noche, y que ya por siempre quedaría grabado en el rincón de su mente donde estaban presas sus peores pesadillas. Cerca ya del amanecer el ser se desprendió de ella y Connie quedó sumida en una especie de sueño confuso.

En la vigilia que siguió le pareció que era otra vez el joven Nicolás quien estaba junto a ella y le pareció que la acunaba y la miraba con ojos tiernos mientras le acariciaba lentamente las mejillas y el cuello. No obstante, cuando despertó estaba sola y en la playa comenzaba a amanecer.

10. Maríe y el halcón

Lo que se había abatido sobre Maríe cuando descendía hacia la cala fue un pequeño halcón negro como la noche y los ojos brillantes como ascuas.

Después de un prolongado chillido de advertencia y un feroz aleteo, el ave quedó durante un segundo en que el tiempo pareció detenerse, suspendido en el aire. En el siguiente se lanzó en picado contra la cabeza que la mujer había alzado. En su primer ataque, detenido por los brazos de Maríe, picoteó con furia las manos y los antebrazos e intentó estirando violentamente el cuello, alcanzarle el rostro; como no lo consiguió, tuvo que volver a elevarse hacia el cielo negro de Marsella.

Subió majestuoso unos cincuenta pies y de nuevo quedó suspendido en el cielo durante un gracioso instante antes de volver a caer. Esta segunda vez se enganchó en el cabello de Maríe y la golpeó con fuerza con las alas en el rostro y los brazos. Su pico negro se clavó una y otra vez en la piel caliente, jirones de carne volaron por el aire. Sus gritos se mezclaron con los de angustia de la mujer. De nuevo el objetivo principal de su ataque fue el rostro, contra el que fue con furia, y esta vez logró herirlo sobre la boca y encima del pómulo muy cerca del ojo.

Por un momento Maríe logró sujetarlo y apartarlo de la cara, pero él se desasíó arañándola con las garras y dejándole nuevas marcas ardientes en los brazos y en las manos.

Subió y volvió a bajar. Golpeó con toda su fuerza a la mujer en la cabeza. Al subir se llevó consigo un largo mechón de cabellos arrancados de cuajo.

Cayó al suelo gimiendo de dolor.

Volvió a bajar y siguió acuchillándola. Maríe se había tendido sobre la arena del camino y puesto los brazos sobre la cara para defender las partes más débiles. El animal estuvo cayendo hasta que dejó de moverse. Sólo entonces se apartó y se posó sobre una roca a pocos pies de donde había caído. Desde allí se dispuso a vigilar.

Dos veces Maríe que para entonces respiraba angustiadamente y lloraba lágrimas grandes y amargas, alzó la cabeza y miró en torno suyo buscando a su atacante y dos veces el halcón chilló de advertencia mientras daba saltitos nerviosos y eléctricos sobre la afilada roca. Otras dos veces la mujer se apoyó en un codo sin dejar de mirarlo e hizo amago de levantarse. Las dos veces el pequeño halcón la atacó con saña produciéndole nuevas heridas, arrancando pedazos de carne, buscando sus ojos con el pico con desesperación primitiva.

Después de ese segundo ataque Maríe desistió. Mirando por turnos hacia la oscura playa a la que había bajado su hija y a su diminuto oponente, sintió algo que como un torrente brotaba de su corazón en dirección a la garganta y luego ascendía incontenible. Algo líquido descendía de la ceja, bordeándole los ojos. Alzó la mano y retiró dedos manchados de polvo y sangre. La cabeza le ardía, así como las manos y brazos. El torrente que pugnaba por abrirse paso desde su garganta brotó ya incontenible cuando comprobó que la primera falange del dedo medio había desaparecido y en su lugar había un feo trozo de hueso, negro de sangre y tierra.

Se dejó caer sobre la arena del camino, metió la cabeza entre los brazos y permitió que sus lágrimas rodaran grandes y pesadas por sus mejillas. Lloró de dolor, de angustia, de impotencia.

Pasaron varias horas, la sangre que le corría por la piel se secó; el viento se convirtió en una ventisca fría y húmeda, las nubes se marcharon y dejaron la luna brillante y amarga, sola en el cielo

Sólo cuando el Mediterráneo comenzó a insinuar el alba, el halcón graznó y alzó el vuelo de la roca desde la que vigilaba a Maríe. Veloz como una flecha marchó en dirección a la playa.

11. Un alba maldita

Fue a esa misma temprana hora en que el nuevo día se insinuaba por debajo de las puertas cuando René decidió resolver definitivamente la confusa noche que le había tocado vivir.

Las últimas horas las había pasado sentado en una silla en el oscuro salón de la taberna, ante el gran ventanal al otro lado del cual quedaba el Viejo Puerto. Ocasionalmente había oteado a su través en un intento de divisar una figura en mitad de la noche. No había tenido suerte.

Su imagen todo aquel tiempo había sido la de un hombre sumido en profundas meditaciones, en hondos pensamientos.

Por supuesto que Connie tenía derecho a salir por la noche, que tenía derecho a divertirse y a amar, que tenía derecho a encontrar a un hombre y disfrutar con él. No era René de los que creían en el honor sin mácula y en la intachable virginidad que perseguía su madre para llegar al matrimonio. Él mismo estaba a punto de contraerlo, lo iba a hacer dentro de dos semanas, y no iba a ser él quien fuera a reprochar a su hermana el pasar la noche fuera. Entendía incluso, que aquellas cosas debían hacerse en secreto.

Debían hacerse en secreto, pensaba René, pero dentro de un orden. Y es que una cosa era hacer una escapada para verse con un hombre, y otra muy diferente estar fuera toda la noche. Connie debía darse cuenta de que su madre podía despertarse, de que el propio Eduardo podía darse cuenta de su ausencia, y que a ellos sí les preocuparía una cosa como aquella. René no necesitaba hacer grandes esfuerzos para imaginar los reproches y los castigos, los golpes, que caerían sobre Connie si algo así llegaba a ser sabido por su madre o por su hermano.

Y lo único que quería él era que Connie no sufriera.

Pero el amor hacía sufrir, eso era un hecho que debía explicarle a Connie. Debía explicarle que se había despertado en mitad de la noche y que había sentido hambre, que había bajado a la cocina y que había visto quitada la barra que cerraba el portón. Debía explicarle que había deducido que alguien había salido, que se había asomado a la habitación de sus hermanas y que así había descubierto que ella no estaba.

Debía explicarle que de todo eso hacía ya varias horas, y que ella era una mujer joven y hermosa, que era peligroso tener citas de aquella manera; debía explicarle que, al levantarse y no saber dónde estaba, se había sentido angustiado, que había sufrido, que había sentido miedo por ella.

Por supuesto René sabía bien que un problema así no tenía solución, que Connie no era ya aquella niña vivaz que jugaba a todas horas sino una mujer y que como tal tenía derecho a sus secretos. Sabía también que no tenía derecho él a saber con quién andaba ella, ni tampoco a que ella le explicara sus planes por anticipado, sabía que era normal que él se quedara fuera de determinadas cosas. Pero sí que debía explicarle al menos que sufría por ella por no saber dónde estaba.

Sí podía requerir de ella un guiño, un gesto, una clave que le hiciera saber que todo iba bien.

Sí podía en resumen, ofrecerle una vez más su amistad, su amor infinito de hermano.

Sólo cuando el alba estuvo ya muy cerca tuvo René la sospecha de que a Connie le podía haber sucedido algo malo. De hecho, si no la tuvo antes fue debido al propio carácter de Connie, a la fuerza y a la confianza en sí misma que demostraba en cada gesto. Todo ello hacía muy difícil pensar que Connie pudiera no tener el control de todo cuanto sucedía en su vida. Todo eso hacía olvidar que no era más que una niña.

Cuando vio las primeras luces comprendió que pronto habría gente por las calles y decidió que era el momento de actuar. Iba ya rumbo a la cuadra para sacar el viejo caballo de la familia cuando la puerta de la calle se abrió y por ella entró Maríe portando en brazos un gran bulto envuelto en una capa azul.

Maríe, que iba espantosamente herida en el rostro y que sangraba por varias partes de su cuerpo, dejó caer el bulto y René pudo apreciar que lo que traía consigo era el desmadejado y blanco cuerpo de Connie. Maríe cayó también al suelo, desfallecida y pálida. Cuando su hijo le ofreció un vaso de agua sólo una frase silbó entre sus labios, una frase de odio.

—Ha sido el grumete del *Anastasia II* —dijo.

Y René había tomado la vieja espada que su padre se había hecho fabricar como defensa postrera de la taberna y se había ido al caballo. Al poco había salido de casa con rumbo a la ensenada, donde había sido varado el *Anastasia II* para ser embreado. Por el camino vertía lágrimas de dolor al pensar que alguien pudiera haberle hecho algo así a la pobre y pequeña Connie.

Marchó al galope por la hilada de roca que bordeaba el mar y siguió por el camino que conducía hacia la ensenada. No tardó mucho en divisar la figura de un hombre joven, casi un niño, que caminaba bordeando el camino con aparente displicencia. René espoléó al caballo extrañado por el hecho de que aquel muchacho, tras cometer un acto tan execrable, ni tan siquiera hiciera gesto de huir o esconderse y de que oyendo como era seguro a la cabalgadura redoblando a tumba abierta en pos de él, ni siquiera volviera la vista atrás para ver quién se aproximaba ni acelerara el paso.

Antes de superarlo René ya había reconocido al muchacho como uno de los que había estado esa mañana en la taberna. Desmontó con un ágil salto y blandió la espada encaminándose al caminante. Frente a él, el muchacho simplemente se detuvo en mitad del camino y lo esperó de frente. Lo hizo con una extraña sonrisa de hastío en su rostro y sin hacer ademán de defenderse. Tampoco había rastro de miedo pintado en la cara.

—¿Eres el grumete del *Anastasia II*? —preguntó René con voz que perdía rápidamente la calma.

—Lo soy —respondió el muchacho con voz grave y mirando directamente a los ojos de René.

—¿No te vas a defender? —bramó René.

El muchacho lo miró con gravedad como si reflexionara sobre aquellas palabras, luego exhaló un hondo suspiro.

—Nada tengo contra ti, René, márchate ahora y olvídame.

René lo miró atónito. Aquel muchacho tan endeble le estaba diciendo que se marchara, y se lo estaba diciendo con condescendencia, con lástima. Le estaba perdonando. La ira se desbordó y ya no pudo más; dio un paso al frente y echó el cuerpo hacia atrás, asió la espada con las dos manos y se lanzó a fondo.

El golpe, el único que lanzó, el único que era preciso, fue demoledor y asesino. Tanta potencia tenía y tan escasa fue la defensa que el oponente interpuso que, después de descargar la espada contra su oponente, cayó al suelo llevado por su propio impulso. La espada quedó clavada en el cuerpo de aquel maldito.

Quiso ponerse en pie, pero lo que le fue permitido ver en aquel alba extraña del Mediterráneo que poco a poco se llenaba de luz, se lo impidió.

El muchacho seguía en pie y vivo, ello pese a que el golpe asestado por René lo había atravesado de parte a parte bajo el esternón. Pero su cuerpo ya no era su cuerpo sino otra

cosa, algo difuso que no era posible precisar. René tuvo la sensación de estar viéndolo a través de una lente que lo distorsionara. Tuvo un segundo para pensar que aquello era muy extraño, pues el resto del paisaje tenía la misma nitidez que antes. El cuerpo se hacía más grande. Primero había sido una impresión pero luego ya no.

El muchacho ya no estaba allí, en su lugar había otra cosa. Mientras las formas terminaban de concretarse, una mano enorme arrancó la espada del pecho de lo que había sido el muchacho y la blandió con violencia ante sí. Aquello tenía la forma de un hombre, pues tenía dos piernas, dos brazos, un pene y una cabeza, pero no lo era, además era increíblemente grande y vigoroso, de hecho era más vigoroso que cualquier hombre que René hubiera visto nunca. Y no parecía tener daño alguno.

Un momento después pudo ver que hacia él enarbolando la espada que había perdido un momento antes y que en la nueva mano parecía un juguete, se aproximaba algo de formidable aspecto y vigor. Si hubiera tenido tiempo para pensar, René probablemente hubiera obtenido importantes conclusiones del aspecto de aquello. Sin embargo, René ya no tenía ni tiempo ni nada. Lo que se aproximaba hacia él era negro como la noche y en las primeras luces del alba, su piel parecía coralina y relucía maligna como la de una serpiente. Sus pies eran membranosos y finalizaban en largas uñas negras de reptil. En torno a él la atmósfera hedía como una montaña de basura. Contemplando los ojos rojizos de aquello, René contempló su propia muerte. Tuvo tiempo de pensar que era a eso a lo que olía la atmósfera en torno a aquel engendro; a muerte. Sin embargo no olía a cualquier muerte, olía a la suya. Entonces lo supo.

—Ser infame —dijo el ser con voz que sonó cansada— ¿por qué simplemente no seguiste tu camino como te dije? Humano miserable, ¿por qué ése estúpido orgullo, esa ira que a nada te conduce?

Luego la empuñadura de la espada emitió un sonido metálico al ser raspada por sus dedos y el acero brilló un segundo al sol que comenzaba a elevarse sobre el mar. René gritó, gritó de miedo, de rabia, de amor, de infortunio, de lástima por perderse ya el resto de su vida, pero su grito quedó apagado, eclipsado por otro más poderoso que salió de una garganta que no conocía el miedo, el amor, ni la lástima. Un grito sobrehumano de rabia y desprecio que despertó ecos lejanos e hizo saltar de sus ramas a los pájaros que todavía dormían.

La espada cayó y clavó a René en la fresca tierra para siempre.

Cuando más tarde llegaron las gentes del Viejo Puerto, ya no había nadie en el camino más que René. Lo que vieron allí les hizo hacerse muchas preguntas y extrañarse, les hizo mirarse unos a otros con ojos estupefactos y llenos de incompreensión.

Hizo falta un tiro de seis caballos para arrancar de René y de la tierra que ocupaba la espada que su padre había hecho forjar para la defensa de sus posesiones.

12. Nicolás

Había nacido como Jonathan Karhu en una pequeña granja junto al mar en la isla de Tiree, al Oeste de la costa escocesa, y había vivido en paz junto al mar que se helaba y al cielo gris y negro que enviaba sobre él y su familia unas veces lluvia y otras nieve, hasta que en el horizonte se habían destacado las siluetas de unas naves afiladas, erizadas de remos y decoradas con grandes cabezas de perro o de dragón.

Antes de que las naves llegaran mucha gente había dicho que iban a venir y muchos habían optado por abandonar las granjas y las cosechas para buscar una nueva tierra donde vivir en paz. Sin embargo unos pocos habían decidido quedarse, entre ellos la familia de Jonathan. “Esto es todo lo que tenemos, ¿quiénes seremos si permitimos que nos lo arrebatan?” habían dicho los hombres que pensaban como el padre de Jonathan. Éste no había dicho nada, pero su madre, él estaba seguro, había pensado para sus adentros “¿quiénes seremos si nos matan?”. Ella al igual que su hijo, tampoco había protestado, y sólo a regañadientes había accedido a esconderse en las montañas cuando las velas cuadradas se hicieron una realidad ante la playa, tan brava era.

La batalla desarrollada sobre la playa de arena triste y desvaída, bajo un cielo que era mucho más blanco que azul, fue breve y tuvo poca historia. Los atacantes eran hombres altos y rudos, de barbas rubias y ojos azules, y estaban armados con espadas, escudos hechos de piel y grandes hachas. Los defensores no eran mas que granjeros y pescadores.

Jonathan vio caer a muchos compañeros de la infancia y a varios amigos de su padre antes de contemplar atónito, cómo su padre caía sobre la arena helada ensartado por una espada. Cuando se inclinó sobre el cuerpo caído buscando un último soplo de aliento sintió él mismo un dolor agudo y caliente que le atravesaba el costado. Cuando miró vio entre brumas que una espada se acababa de enterrar en él y se le estaba llevando la vida. Vio también a un hombre alto y rubio que la enarbolaba y que lo miraba con una mezcla de odio y burla. Antes de caer al suelo vio otra imagen. La de otro guerrero, un hombre hermoso de ojos azules y larga barba rubia que le llegaba hasta el pecho. El guerrero lo miraba con serena compasión y fue él, al menos así lo sintió Jonathan, quien arrancó la espada que lo hería y quien lo tomó en brazos mientras emprendía su camino hacia el cielo.

Despertó en un lugar oscuro que tardó en identificar como una cueva. El costado le ardía como si dentro hubiera una bola de fuego que se expandiera con cada bocanada de aire que tomaba de la tarde gris. De la puerta de la caverna le llegaban los embates del furioso mar que golpeaba contra las rocas, junto a él, sentado a la luz de una hoguera, estaba el guerrero hermoso que lo había sostenido mientras caía.

El guerrero le levantó la cabeza y le ofreció agua. Jonathan bebió con avidez. Le temblaban las manos, el costado le ardía, apenas si lograba enfocar con claridad los objetos. Un fuerte pinchazo le obligó a rechinar los dientes. Gimió.

—¿Y mi padre? —preguntó— ¿Qué ha sido de él?

—Ha muerto —dijo el guerrero sin pestañear— pero no conseguirán encontrar a los que han huido a las montañas. Tu madre y tus hermanas están a salvo, no te preocupes por ellas.

—Tengo frío —balbuceó Jonathan. El guerrero se despojó de la capa, una capa gruesa hecha con la piel de algún animal, y se la echó por encima.

—Dame la mano —dijo sentándose junto a él. Y Jonathan, agradecido profundamente por aquel mínimo contacto humano y sin siquiera pensar que había algo allí fuera que llegaba a toda prisa hacia él, algo que ya estaba allí y que sabía su nombre, tendió débilmente su mano y estrechó la del guerrero.

Entonces algo pasó.

Jonathan no supo nunca qué había sido, sólo podría explicar que, de pronto, se había visto mirando fijamente a los ojos de su acompañante y se le ocurrió que eran unos ojos muy particulares. En ellos había una solemnidad profunda, un resplandecer brillante y sereno. Eran ojos que aturdían, que se clavaban en todas las cosas y que parecía que las despedazaran. Se quedó en aquellos ojos como si en ellos hubiera una importante fuente de calor y de energía. De repente pensó que, si se quedaba fijo en aquel calor, en aquella mirada, aquel frío que se acercaba, que sentía aproximarse a toda velocidad, no llegaría nunca.

Volvió a despertar. Al menos él tuvo esa sensación, aunque, cuando lo pensó más despacio, tuvo que reconocer que no podía haber sido así porque para despertar primero hay que haber dormido, y él no había dormido. En realidad había sido algo muy veloz, como si un segundo hubiera estado acostado en la caverna con la capa del guerrero sobre sí y el siguiente hubiera estado sentado ante la hoguera.

Estaba sentado ante la hoguera y se veía a sí mismo tumbado bajo la manta del guerrero. No cabía duda alguna, aquellos eran sus ojos grises, su piel cremosa, sus pecas, su corta talla y su cabello rojizo alborotado. Y había más, no tenía daño, se estaba incorporando y se estaba mirando.

Su gemelo, aquel gemelo salido de ninguna parte, terminó de incorporarse y le sonrió, sus ojos eran brillantes y tenían una fuerza brutal.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó el gemelo usando la voz de Jonathan.

Y Jonathan se dio cuenta de que no le dolía nada ni parecía tener fiebre. Sólo tenía sed. Su gemelo le ofreció de nuevo el cuenco lleno de agua. Jonathan pudo hablar al fin.

—Tú eres yo —dijo.

—No —se rió el gemelo—, ya no —y de una bolsa que llevaba consigo extrajo un pequeño espejo y lo puso ante el rostro de Jonathan. Lo que vio lo llenó de pasmo.

Su rostro era el del hermoso guerrero de los cabellos rubios y la barba larga.

Se miró a sí mismo y vio que llevaba también las ropas del guerrero, también vio que su talla y su voz no eran las que habían sido siempre sino las del hombre que había estado poco antes con él.

—Debes pensar —dijo lo que fuera que estuviera ocupando su cuerpo— en un nombre que ponerte y también en cómo les vas a explicar a todos quién eres. Como ya te he dicho, tu madre y tus hermanas sobrevivirán al día de hoy, sin embargo tus nuevas trazas harán que todos quienes sobrevivan quieran matarte. Así que tal vez deberías buscarte una barca o buscar a tus nuevos compañeros para marcharte con ellos.

—Pero yo quiero quedarme —A Jonathan le sorprendió la firmeza y la autoridad que desprendía su nueva voz.

—Eso —dijo lo que había dentro de lo que había sido su cuerpo— es asunto tuyo. Yo me marchó.

A continuación se levantó y se dirigió hacia la puerta de la caverna, la voz de Jonathan, la nueva voz de Jonathan, lo hizo detenerse un momento.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Y aquella imagen que tan suya había sido se volvió y le sonrió, la cara que había sido de Jonathan se transformó en una hermosa cara de niño.

—Puedes llamarme Nicolás —dijo.

Luego se dio la vuelta y salió de la caverna, Jonathan no volvió a verlo jamás.

Pero de todo eso hacía ya varios siglos. Jonathan Karhu había muerto muchos años antes del inicio de esta historia, después de tener una larga y próspera vida en el cuerpo del guerrero vikingo. En cambio Nicolás aún vivía en el cuerpo que había nacido como Jonathan.

Y es que era muy poderoso. “Nicolás” no era más que un nombre que se había impuesto por vanidad, la realidad era que tenía muchos nombres, miles de ellos.

Era llamado Belcebú, el príncipe de los demonios, jefe supremo del imperio infernal, conocido como “el señor de las moscas”. Pero también Belial, el mentiroso, y Barbados, el arquero; era llamado Abbadon, el destructor, al que se conocía por el sobrenombre de “El ángel exterminador” y también Dagón, Flauro, que tiene forma de leopardo, y Asmodeo, el gran diablo que cabalga a lomos de un dragón. Azrael, Ammon, Gaab eran también nombres que le eran propios, tanto como Astaroth, que porta en la mano derecha una gran víbora. Era llamado Malfaga, que tiene forma de cuervo y que manda cuarenta legiones, y Marbas, que se asemeja a un león furioso. Era llamado también Lucifer, la luz primera, y Melchom, que cuida el tesoro de los infiernos.

Era llamado Amy, del que se espera que pasados doscientos mil años vuelva al cielo para ocupar el séptimo trono, y Haagenti, que tiene forma de toro con alas de grifo. Era también llamado Leviathan, el gran almirante del infierno, gobernador de las regiones marítimas, pero también Bael, Byleth, Zapan, Pursan o Asmoday. También era llamado Satanás, el ángel caído.

Tenía en suma, el nombre de todos y cada uno de los diablos. Pues era cada uno de los siete reyes del infierno así como todos y cada uno de los demás dieciséis duques hasta completar veintitrés. Igualmente era los trece marqueses y los diez condes y todos y cada uno de los once presidentes infernales y así hasta conformar seis mil seiscientas sesenta y seis legiones compuesta cada una de seis mil seiscientos sesenta y seis demonios. Era, pues, el más grande y su poder era terrible.

De entre todos los nombres que le eran propios, él había elegido el de Nicolás por vanidad, pues es bien sabido que este nombre significa “El vencedor de todos los pueblos”.